LOS MÁS BELLOS CUENTOS ZEN // EL ARTE DE LOS HAIKUS

HENRY BRUNEL

VISÍTANOS PARA MÁS LIBROS:

https://www.facebook.com/culturaylibros

HENRI BRUNEL

Los más bellos cuentos Zen

seguido de

El arte de los haikus

Henry Brunel

Los más bellos cuentos Zen

Seguido de

El arte de los haikus

Traducción
de
Plácido de Prada

EL BARQUERO

Título original: *Les plus beaux contes zen suivis de L'art des haïkus*
© 2000, Calmann - Lévy, Paris
© 2007, de la presente edición,
José J. de Olañeta, Editor
Apartado 296. Palma de Mallorca (España)

ISBN: 84-9716-208-0
Depósito Legal: B--45.687-2007
Impreso en Liberdúplex, S.L. – Barcelona
Printed in Spain

Siéntate en silencio, no hagas nada.
Viene la primavera, y la hierba crece sola.

ZENNI KUSHU

PRÓLOGO

¿Qué es el Zen? Para esta pregunta oportuna, hay mil respuestas y ninguna. Y es que el Zen es la «doctrina de la nada», y ¿qué se puede decir de la nada? Podría zafarme disertando sobre los orígenes del Zen, las formas que adoptó en el transcurso de los siglos en la India, en la China, en el Japón, explicar eruditamente lo que no es (una religión, un sistema filosófico) o bien narrar la vida de los maestros ilustres; podría utilizar términos abstrusos, enredarme en frases sibilinas, envolverme en humos...

«Querido autor, por favor, manténgase dentro del tema, ¿qué es el Zen?

—Supongo que ha oído usted hablar de los jardines zen, la poesía zen, el teatro zen, la pintura zen...

—Responda a la pregunta que se le ha hecho: ¿qué es el Zen?

—¡Es usted de una testarudez insoportable! Además, ¿cómo hacer captar lo inaprensible?

—Al menos, inténtelo...

—El Zen es una actitud mental, una manera distinta de comprender la realidad, es ver —sin aprioris intelectuales, sin parasitismo emocional— la cosa desnuda: una flor, una piedra, un paisaje, un pájaro, una rana.

Un viejo estanque;
una rana salta en él;
el ruido del agua[1]

Lo que es, es. «Levanto el dedo, me siento en silencio... y también allí está el Zen», escribe el maestro D. T. Suzuki[2]. En los más humildes aconteceres de la vida cotidiana, para quien sabe «ver» sin imponer la pantalla de sus deseos, de su inteligencia, de sus miedos, de su «ego», aparece lo infinito. Toda cosa, para el Zen, es mensaje de *absoluto*, ya es *absoluto*.

Sé muy bien que esta afirmación no basta, aunque despierte en nosotros un cantar desconocido. Por eso lo iluminaré de espalda, de perfil, de frente y de través ofreciendo, en la primera parte, veintiún cuentos, escogidos cuidadosamente entre cientos —indios, chinos, japoneses— que he adaptado y revisitado; y, en la segunda parte, cortos poemas, esos monósticos de tres versos, los haikus, que son la poesía del Zen. Una vieja leyenda cuenta que un monje llamado Ekatu no entendía nada de la esencia del Zen, pese a los años de aprendizaje y esfuerzos meritorios. Conoció repentinamente el *Despertar* al recibir por descuido un golpe de bambú en su terco cráneo. Nunca se sabe, un cuento...

HENRI BRUNEL

Cuentos zen

En primavera flores, en otoño la luna
En verano brisa fresca, en invierno la nieve
Si tu mente no está atestada de un fárrago inútil
La vida maravillosa se abre ante ti

Wu Men Kuan

El cuento zen desoxida la mente, choca con los principios, hace replantearse los modos de pensamiento, hace desaparecer los prejuicios. «Hay que vaciar bien la taza si se quiere llenarla», dice el maestro de té[3]. El objeto del Zen es devolvernos nuestro «rostro original», nuestra inocencia. Nos llama a experimentar nuestra comunión con el universo. Nos revela lo infinito en lo finito. Nos establece en la armonía, la serenidad.

Sin embargo, para hacerlo, emplea procedimientos asombrosos. El cuento zen no vacila ante ningún método: la risa, el absurdo, la provocación, la brutalidad, y también la ternura, la compasión, lo maravilloso, la poesía, el silencio... Y a ello añade el misterio. A menudo, estamos «a punto» de comprender, ya vamos a «comprender», y nos desconcierta, no lo captamos. En todas las formas del arte

zen, la pintura, el teatro o la poesía, subsiste la parte insólita. El Zen privilegia la nota incierta, la línea quebrada, el dibujo asimétrico, e incluso en los célebres jardines zen de blancas arenas cien veces rastrilladas, se añaden a veces unas cuantas hojas muertas dispersas, incongruentes, inútiles. Y es que una forma perfecta está cerrada, muerta. *La definición clara asesina*. El Zen ofrece siempre una salida por donde se deslizará la intuición, por donde nacerá la posible chispa.

Al ofrecer estos cuentos, venidos del fondo de los tiempos, me he encontrado ante un dilema: *optar por el cuento en bruto*, y correr el riesgo de herir nuestras sensibilidades modernas hasta el punto de ocultar con ello el mensaje y hacerlo inaudible; o bien *suavizarlo, quitarle el sabor* y así traicionar y perder la insolencia desoxidante del Zen, algo de su misterio.

He escogido una solución intermedia. Retener, de entre los cientos de cuentos tradicionales, los que mejor se ajustan a nuestros oídos. No he sacrificado lo esencial. La sal del espíritu zen, que se ríe de nuestros prejuicios, de nuestros convencionalismos, de nuestros egoísmos y ombliguismos, la sal que limpia a nuestro «ego» de sus pequeñeces, que lo libera de sus ataduras. El color y la atmósfera singulares del cuento zen, que nos hacen entrar en un mundo desconocido; a la vez nos alertan y apaciguan, y en ese mismo movimiento nos desconciertan y maravillan.

Los «Cuentos de los montes azules», como los denomina poéticamente un antiguo texto chino, son un camino de *Despertar*, son portadores de uno de los más altos mensajes espirituales de la humanidad. Pero cada cual encuentra en ellos lo que busca en ellos, otra mirada a la vida o el simple placer de escuchar narraciones maravillosas. Son apropiados para mayores y niños, según la intuición de

cada cual y el nivel de lectura. El cuento zen, que nos abre las puertas de un mundo encantado, es ante todo una escuela de *libertad*.

*

N.B.: Todos los cuentos son de origen japonés, fuera de algunos cuyo país de origen se indica en el subtítulo.

LOS PATOS MANDARINES Y EL SAMURÁI

Hace ya de eso muchos años, a orillas del lago Mimidoro, hoy llamado Mizoro, al nordeste de Kyoto, vivía apaciblemente una pareja de patos mandarines. Era digno de verse, en el esplendor de la estación veraniega, al macho saltar sobre el agua y alzar el vuelo, con sus bigotes naranja, su pico rojo oscuro y sus magníficas alas frisadas. Doña pata y los niños, vestidos de modesto gris, incluso el mayor, que todavía llevaba el plumaje juvenil, no apartaban los ojos de él. De noche, saciados y dormidos los patitos, don pato, con un tierno picotazo en la mejilla derecha y graciosa, daba las buenas noches a su esposa y, en el hueco de árbol que les servía de casa, toda la familia entraba en el país de los sueños.

Al año siguiente, con los primeros días de primavera, llegó un joven samurái que fue a instalar su cabaña a orillas del estanque. Su mujer estaba esperando su primer hijo. Eran pobres. El samurái había tenido que comprarse el equipo: los pantalones bombachos, las botas, los manguitos metálicos y la coraza de cuatro lienzos. Su mujer le había confeccionado la «venda de resolución[4]», su madre había ahorrado muchos años para ofrecerle las dos espadas tradicionales, la larga y la corta. Pero no tenía todavía la aterradora máscara destinada a atemorizar al enemigo. Es-

peraba que algún noble señor lo tomase a su servicio. Aquella noche, su mujer lo despertó y le dijo:

«Tierno esposo mío, ya sé que somos pobres, y no quisiera importunaros, pero llevo un tiempo sintiendo un deseo irresistible de comer carne, y temo que vuestro hijo se resienta de ello». El joven samurái no dijo palabra. Tomó su arco y salió en la noche. Se apostó al borde del estanque, al acecho de alguna presa. Por casualidad, el pato mandarín estaba dando un paseo nocturno. A comienzos de primavera, el nido aún está vacío, y él pensaba en el duro trabajo de verano que le esperaba, cuando hubiera que alimentar a toda la familia. El samurái distinguió sus alas frisadas, que brillaban bajo la luna. Lanzó una flecha y lo mató. Se lo llevó en un saco y, llegado a casa, lo colgó de un palo, delante de la cabaña. Volvió luego a su lecho y se durmió.

Un ruido insólito lo sacó del sueño. Una especie de «¡tap, tap!», como un aleteo. «Eso es que el pato sólo está herido —pensó— y se debate colgado del palo al que lo he sujetado». Tomó un cuchillo y salió. El pato mandarín estaba bien muerto, colgando boca abajo. Pero había acudido su hembra y batía las alas sobre él. El samurái hizo brillar la lámina del cuchillo y lo levantó. La pata mandarina no se movió de allí. Entonces él hizo un fuego para asarlos a los dos, al macho y a la hembra. La pata seguía agitando las alas, indiferente a su suerte, llorando a su esposo muerto. El samurái quedó entonces embargado por un sentimiento desconocido. Fue a ver a su mujer, le mostró el espectáculo de aquel amor conyugal, y su esposa lloró.

«No comería de esa carne por nada del mundo», le dijo.

*

Cuentan las antiguas crónicas que el samurái se cortó el moño de guerrero y se hizo monje. Llevó una vida ejemplar, protegiendo a los animales, preocupándose por el menor insecto, y su nombre se venera desde entonces. Así nos lo han transmitido entre las cosas del pasado.

RENKI, EL ELEFANTE

Cuento de origen indio

Ryoto, joven monje budista, se queja de no poder mantener la mente en reposo. Su mente salta sin parar, como un cabrito...

«O como un elefante salvaje», dice el viejo maestro zen.

Ryoto, al ver brillar los ojos del maestro, adivina que va a contarle una historia, y se sienta a sus pies a la sombra de un banano.

Renki era un elefante salvaje que capturaron a la edad de tres años. Cuerpo de color gris claro sin mácula, defensas largas, finas y puntiagudas, orejas de perfecta forma triangular, un hermoso macho al que su amo, un comerciante de elefantes amaestrados, esperaba vender a buen precio al señor del reino. Sujetaron a Renki a una estaca, al cabo de una cuerda muy sólida. El joven elefante empezó a debatirse con energía, con furia; coceaba, pisoteaba salvajemente la tierra con sus pesadas patas, lanzaba bramidos que partían el alma. Pero la estaca estaba bien clavada, y la cuerda era gruesa. Renki no podía soltarse ni de una ni de otra. Entonces le entró una rabia desesperada, mordía al aire, con la trompa alzada, bramando lastimeramente hacia el cielo. Se agotaba de tantos esfuerzos y gritos.

Y de repente, una mañana, Renki se serenó, ya no volvió a tirar de la cuerda, ni a maltratar el suelo a cuatro patas, no volvió a hacer temblar los alrededores con sus bramidos. Entonces el amo lo soltó. Pudo ir de un lugar a otro, llevando un barril de agua, saludando a todo el mundo, prestando servicio a la comunidad. Fue feliz y libre.

Tu pensamiento es como un elefante salvaje, dice el viejo maestro a su discípulo. Coge miedo, salta en todos los sentidos y brama a los cuatro vientos. Tu «atención» es la cuerda, y el «objeto escogido para tu meditación» es la estaca clavada en el suelo. Serena tu pensamiento, domestícalo, y conocerás el secreto de la verdadera libertad.

*

Meditación

La estaca

La respiración: Inspira, espira, sin cambiar cosa alguna; tú eres esa respiración, que viene y va, que sube y baja, sin cesar, sin cansancio, que viene y va...

La cuerda

La atención: Observas —sin impaciencia, sin ira, sin juzgar, sigues con mirada interior, benevolente y neutral— esa respiración que viene y va. Si tienes ganas de moverte, de dar patadas, de rugir, de «bramar», contemplas tus pensamientos, tus emociones, que te sacuden y te arrastran, y tú no te implicas, dejas que las cosas vengan, y dejas que se vayan. Y todas las iras, todas las impaciencias se disipan como el humo. Y vuelves a mirar el aliento que viene, y que va...

SU EXCELENCIA

Su Excelencia, el señor gobernador Mushô Keishu, va de viaje; avanza al paso lento de sus porteadores hacia Kamakura, la gran capital shogunal. Confortablemente recostado en los cojines de seda, con las manos puestas sobre su redondo vientrecito, que se mueve amablemente al ritmo de su litera, el señor gobernador se adormila un poco y echa un sueñecito. Su guardia personal de nobles samuráis va a su alrededor y lo proteje. Después, ordenadamente, les siguen los criados, los animales y el equipaje. El señor gobernador, con sonrisa beatífica en su rostro liso, muy dulcemente, se duerme.

En las colinas de Kamakura, en un lugar apacible desde el que se domina al mismo tiempo la ciudad y el mar, el maestro zen Unkei ha instalado su taller de estatuaria detrás de una modesta pagoda. Esculpe en madera budas de sonrisa eterna. También recibe a gentes de toda condición que solicitan sus consejos. Unkei es un hombre exteriormente rudo, un silencioso, pero nunca niega su ayuda, y todos lo veneran. Esta mañana, precisamente, el joven monje que hace de portero se acerca con aire preocupado; trae religiosamente en las manos una carta de presentación maravillosamente adornada y decorada. En ella se lee:

Su excelencia Mushô Keishu,
gobernador de Kyoto,
consejero personal del shôgun

«No tengo nada que decirle a este hombre», dice secamente Unkei, que deja caer la carta y sigue trabajando. El joven portero, desconcertado y asustado, regresa a anunciarle al criado de Su Excelencia la negativa de su maestro. Temblando, espera cuál será la reacción del alto personaje, que por el momento no ha salido de su litera.

«¡Monje, Su Excelencia te está esperando!»

El portero, más muerto que vivo, se presenta humildemente ante el señor gobernador, que está confortablemente recostado en sus cojines de seda.

«¿Tu maestro no quiere recibirme? —responde Su Excelencia, más asombrado que irritado—. ¿Te ha dado algún motivo?

—No, Señor.

—¿Ya sabe que podría mandar que le cierren el taller, encarcelarlo a él y a los suyos y hacer empalar a sus criados?

—¡Piedad, Señor!», exclama el joven novicio cayendo de rodillas.

Su Excelencia el gobernador no es mal hombre. Medita un instante, mullidamente recostado en sus cojines de seda. A su alrededor, la guardia de samuráis se ha puesto en tensión; algunos ya tienen la mano en el sable.

«¡Hum! ¡Hum! —dice el gobernador—, voy a probar una cosa». Tacha todos sus títulos y no deja en su tarjeta de visita más que su nombre: Mushô Keishu.

«¡Anda y llévale de nuevo a tu maestro mi tarjeta de visita!»

Unkei está lacando un buda de madera. Coge la tarjeta que el portero le tiende temblando.

«Recibiré encantado a este hombre», responde.

*

He arrojado esa cosa minúscula
que llaman «yo»
y me he convertido en el mundo inmenso.[5]

LA BARCA Y LOS DOS MONJES

¿Quién dirá cuál es el sabor del Zen, la sabiduría de estos cuentos simples como la evidencia, libres como la verdad?

*

Una tarde de otoño, la densa bruma esconde casi por completo el río Saitama. Un monje y un joven novicio se disponen a atravesarlo en una barca ligera. Las aguas están amarillas y muy agitadas, se ha levantado un viento muy violento:

«Maestro, ya sé que nos esperan en el monasterio de Rishiko, pero ¿no sería prudente dejar para mañana nuestra visita? Podríamos comer una albóndiga de arroz y dormir en la cabaña de ramas que veo allá abajo.

—...»

Puesto que su maestro guarda silencio, Kasuku se resigna a embarcar, y empieza a remar. De la otra orilla, no se ve más que una línea oscura perdida en la bruma.

«Maestro, el río es ancho, y el viento que sopla de través nos impide avanzar como queremos.

—...»

Pasan diez minutos, que a Kasuku le parecen una hora. Rema en silencio, con el corazón inquieto.

De repente, suelta los remos y se levanta, con el brazo alzado:

«¡Maestro, maestro! ¡Mirad esa barca que sale de la bruma, viene derecho hacia nosotros!

—...

—¡Maestro, que chocará contra nosotros, nos va a romper el casco, vamos a hundirnos! ¡Eh, piloto! ¡Eh, eh, piloto! Si cojo al que guía esa embarcación le arrearé tal bastonazo que le quitaré las ganas de andar poniendo en peligro a santos varones como nosotros...

—...

—Maestro, mirad que la barca se está acercando ya mucho y que va a embestirnos con esa proa tan afilada. Ahora ya veo al piloto, ¡ese asesino de timonel está durmiendo tan tranquilo!

—...

—¡Maestro, que la barca está muy cerca! ¡Por Brahma! Maldito sea ese piloto criminal, ojalá el ciclo de sus renacimientos se extienda a un millón de años, ojalá sea chacal, hiena, rata, chinche...»

En el instante crítico, un remolino oportuno, o una hábil maniobra del maestro, aleja el peligro y las dos barcas prosiguen indemnes su camino.

«¿Te has fijado en el interior de la barca, Kasuku? —pregunta el maestro zen.

—Sí, maestro. La forma que yo tomaba por un hombre era un saco de grano.

—Dime, Kasuku, ¿contra *quién* te has encolerizado?»

EL ESPEJO MÁGICO

Iriku había querido mucho a su padre. Ahora, el anciano se había reunido con los antepasados. A menudo, cuando trenzaba una cesta de bambú, Iriku pensaba:

«Si mi mujer no hubiese sentido tanta aversión por mi honorable padre, él hubiera sido más feliz en la vejez. Yo no hubiera vacilado en mostrarle mi afecto, mi respeto filial. Habríamos tenido largas y dulces conversaciones. Me habría contado cosas de la gente y las cosas del pasado...» Y lo embargaba la melancolía.

Un día de mercado, Iriku el cestero terminó su reserva de cestas más rápido que de costumbre. Se paseaba desocupado entre los puestos, cuando vio que había un comerciante chino que solía vender objetos extraños:

«Acércate, Iriku —dijo el comerciante—, mira qué cosa más extraordinaria tengo». Y con aire de misterio sacó de un cofre un objeto redondo y plano, cubierto de paño de seda. Lo puso entre las manos de Iriku y, con cuidado, quitó el paño. Iriku inclinó la cabeza sobre una superficie pulida y brillante. Reconoció en su interior la imagen de su padre, tal como lo había visto en sus tiempos juveniles. Emocionado, exclamó:

«¡Este objeto es mágico!

—¡Sí —dijo el comerciante—, lo llaman espejo, y es valiosísimo!»

Pero la fiebre poseía a Iriku:

«¡Te ofrezco todo lo que llevo encima —dijo—. Quiero este "espejo mágico" y llevarme a casa la imagen de mi amado padre».

Tras largas discusiones, Iriku dejó en el puesto del comerciante todo lo que había ganado aquella mañana.

En cuanto llegó a casa, Iriku se fue al granero y ocultó la imagen de su padre en un cofre. Los días siguientes, desaparecía, subía al granero y sacaba del cofre el «espejo mágico». Se quedaba largos momentos contemplando la imagen venerada y se sentía feliz. Su mujer no tardó en darse cuenta de su extraña conducta. Una tarde, cuando él dejó un cesto a medio hacer, ella lo siguió. Vio que subía al granero, buscaba en un cofre, sacaba un objeto desconocido y lo miraba largamente adoptando un aire de misterioso placer. Luego lo cubría con un paño y volvía a guardarlo con gestos amorosos. Intrigada, esperó hasta que se fue, abrió el cofre, encontró el objeto, apartó el paño de seda, miró y vio: «¡Una mujer!». Furiosa, bajó e increpó a su marido:

«¡Así que me engañas yéndote al granero a contemplar a una mujer diez veces al día en el granero!

—¡Que no! —dijo Iriku—, no te quería hablar de eso porque tú no apreciabas mucho a mi padre, pero lo que voy a ver es su imagen, y eso apacigua mi corazón.

—¡Miserable mentiroso! —vociferó la mujer—. ¡La he visto con mis ojos! ¡Lo que tienes escondido en el granero es una mujer!

—¡Te aseguro que...»

La discusión se fue envenenando y estaba haciéndose infernal, cuando llamó a la puerta una monja. La pareja le

pidió que hiciese de árbitro. La monja subió al granero, volvió y dijo:

«¡Es una monja!»

*

«Toda la desdicha de los hombres proviene de que no viven en *el* mundo, sino en *su* mundo.»

Heráclito

EL ELEFANTITO REAL

Cuento de origen indio

Esta historia es ahora del pasado.

Había un maharajá que tenía una manada de elefantes. Su más bella joya era una elefanta llamada Konia, de cuerpo gris claro, ojo pillo bajo los pesados párpados y adorables orejas triangulares. Konia había trabado lazos de amistad con su cornaca, un niño llamado Shivi. Había que ver cómo la elefanta cogía al niño por la cintura y, con un solo movimiento de trompa, preciso y dulce, se lo montaba en lo alto del cuello. Cuando Shivi le rozaba brevemente con los dedos de los pies en la base de la oreja, Konia avanzaba dócilmente; cuando le frotaba el costado de arriba abajo con el talón, ella reculaba. El ágil cornaca bajaba al suelo veinte veces al día, deslizándose a lo largo de su oreja derecha, y veinte veces ella volvía a montarlo con un elegante movimiento de su trompa enroscada. Trabajaban en tan perfecta armonía que, viéndolos, se hubiera dicho que era una figura de ballet.

La vida seguía así apaciblemente su curso. Pero una primavera, Konia se enamoró de un elefante, un macho soberbio que estaba encargado del palanquín real. Drik, debido a su cargo oficial, no podía contraer matrimonio sin contar con la aprobación de Su Majestad. Se consultaron

los oráculos, Konia era de sangre noble, de carácter amable, y la unión recibió la aprobación.

Tres años más tarde, la corte entera estaba sobresaltada: Konia iba a parir. Pero resultaba que el elefantito se presentaba mal y se retrasaba el parto. Alertado, el Maharajá pidió que lo tuviesen informado cada hora. Al cabo de la mañana, había salido ya la trompa, la cabeza y todo el cuerpo con las patas, pero la cola se había quedado atrancada. Llegada la noche, la situación no había cambiado. Se ordenó celebrar un consejo de emergencia. Los ministros, los cortesanos y el gran chambelán daban cada uno su opinión. De cuando en cuando, mandaban llamar a Shivi, el cornaca.

«¿Y bien? —preguntaba Su Majestad.

—¡Nada nuevo, Majestad, la cola sigue atrancada!»

Y volvía a comenzar la discusión. Iba avanzando la noche, y el consejo estaba muy nervioso y desconcertado, cuando el gran chambelán exclamó:

«¡Majestad, la situación es demasiado grave! Sugiero que se mande llamar a Mara la hechicera.

—¡Eso no puede ser! Esa mujer insultó a la suegra de nuestro gran maharajá al no inclinarse a su paso! ¡Está desterrada de la corte para siempre!»

El rey atajó las protestas:

«¡Que venga ahora mismo!»

Su orden fue acatada. La maga, tras haber auscultado largamente a la desdichada parturienta, emitió su veredicto:

«El elefantito quedará liberado y se desatrancará su cola si se encuentra en todo el reino una mujer que nunca haya amado más que a su marido y que no haya tenido pensamientos cariñosos para otro que no sea él».

El consejo deliberó... durante largo tiempo. Finalmen-

te, escogieron a Rajna, una belleza de ojos dulces y tristes, famosa por su sabiduría y esposa de un gran señor de la corte.

«¿Has amado alguna vez a otro hombre que a tu marido?

—¡No, Majestad!

—¡Que vayan a buscar al cornaca! —ordenó el rey.

—¿Y bien? —preguntaron febrilmente los miembros del consejo, todos a una.

—No ha cambiado nada —dijo agobiado el carnaca—, la cola sigue atrancada».

Entonces, debajo de su velo, habló la dulce Rajna:

—«Ahora me acuerdo —dijo con voz ahogada— que una vez que pasaba casualmente por el patio de palacio, vi a este joven con su elefanta, y era tan diestro, que... —prosiguió con un sollozo— mi corazón, durante un segundo, latió por él».

Y en aquel mismo instante llego hasta el salón del consejo un gran rumor:

—«¡Hurra! ¡Se ha desatrancado la cola! ¡El elefantito real ha nacido!»

*

En el tejido del Atma [6], en el que entretejemos día tras día el tapiz de nuestras vidas, la menor mancha es visible; todo manifiesta a Brahma.

EL FANTASMA MOLESTO

Un marido joven perdió a su mujer en la flor de la vida. Ésta había sido hermosa, pero un poco desabrida y terriblemente celosa. Tras un duelo como es debido, el joven sintió que con la primavera nacían en él nuevas emociones.

Se buscó mujer, y pronto se prometió con la deliciosa Yoyohi, cuyo nombre sonaba como un trino de pájaros cantores, como el roce de la seda en un abanico. En una palabra, el joven viudo estaba enamorado, y era más feliz de lo que lo había sido nunca con su primera esposa. Fue entonces cuando se apareció por primera vez el fantasma de su mujer. Una noche en que él estaba durmiendo tranquilamente en su tatami, sintió que una corriente de aire frío le cosquilleaba en la planta de los pies; se despertó. Ante él estaba Kryoka. La joven, aunque evanescente, parecía furiosa, y no había perdido ni una pizca de su temperamento celoso:

«¿Cómo te atreves —dijo— a engañarme con esa tontita sin ningún encanto que tiene —añadió con perfidia— una fea mancha de nacimiento en el pecho izquierdo?

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó el marido, estupefacto.

—En el Reino de los muertos tenemos acceso a los

misterios, y conocemos todas las cosas que os están ocultas a vosotros los mortales».

La muchacha se fue. El marido, aún temblando de miedo, ya no volvió a dormirse aquella noche.

A partir de aquel instante, la vida de Heiyoshi se volvió un infierno. De día, se paseaba con la tierna Yoyohi por los jardines de su padre. Se quedaban junto al gran estanque, admirando la dilatada gracia de las flores de loto. Heiyoshi, a la vez que hablaba con ella y se lanzaban recíprocas sonrisas tímidas, no se cansaba de contemplar la nuca perfecta de su amada, su moño negro azabache, sus mejillas, que tenían el terciopelo de la flor del ciruelo.

Llegada la noche, el fantasma de Kyrioka acudía a atormentarlo. Sentada al pie de su estera, su difunta esposa hacía burla de todos sus actos y gestos de aquel día, e imitaba sarcásticamente sus tiernas palabras. Le recordaba sus antiguos amores, y le repetía:

«Lo sé todo de ti, y ese saber te encadena. ¡Tu vida es sólo mía, mía!

El desdichado, en el límite de sus fuerzas y casi a punto de perder la razón, se confió a un amigo, que le aconsejó que fuera a consultar a un célebre maestro zen que llevaba vida eremítica en el antiguo templo de Kenninji. El viaje resultó largo y difícil. Finalmente, Heiyoshi llegó a los pies del maestro, y le contó su infortunio.

«Tu mujer se ha convertido en fantasma, y lo sabe todo de ti.

—Sí, Maestro, ya sabéis, como ella vive en el país de los muertos, tiene acceso a esos misterios que se nos escapan, conoce el pasado y el futuro, y rebusca sin dificultad en mis menores pensamientos.

—Ya veo —dijo el maestro, rascándose un dedo del pie con un palito de bambú, pues había llovido y un poco de barro le había salpicado los pies desnudos en las sandalias—. Ya veo...

—¿Qué tengo que hacer, maestro?

—Eres joven, Heiyoshi, tu corazón es nuevo y tierno. Tiene fácil asegurarse el tener poder sobre ti. Te voy a ayudar».

El joven viudo se deshizo en agradecimientos, y dijo:

«Seguiré vuestros consejos, Maestro, me ajustaré a ellos punto por punto; no tenéis más que indicarme el camino.

—Cuando el fantasma de tu esposa aparezca, confiésale humildemente tu ignorancia, alaba sus asombrosos conocimientos, en una palabra, halágala, y proponle un trato: «Si puedes responder a una última pregunta, estaré definitivamente convencido de tus poderes sobrenaturales, renunciaré a Yoyohi, que no es más que una simple mortal, y seré fiel esposo tuyo para siempre».

—¡Ay! —exclamó Heiyoshi— ¡Ganará ella, seguro! Lo que no sabe, lo adivina, nada de lo que yo hago o pienso le está oculto...

—¡Sigue mi consejo —dijo con cierta dureza el maestro—, o, si no quieres escucharme, vete!»

Heiyoshi, turbado, azorado, aceptó:

«Os obedeceré, Maestro.

—Toma en tu mano derecha cerrada un buen puñado de granos de soja y pregúntale cuántos hay.

—¿Y ya está?», preguntó Heiyoshi.

El maestro zen no respondió. Se había puesto en zazen[7] y estaba meditando.

Heiyoshi volvió a casa. Aquella misma noche, volvió a aparecerse su mujer:

«Has ido a visitar a un maestro zen —dijo riendo sarcásticamente—, ¿te creías que no lo sabía, pensabas que te me podrías escapar?»

Heiyoshi metió entonces la mano en una pila de soja, tomó un buen puñado y se lo presentó con la mano cerrada:

«¿Cuántos granos hay?», preguntó.

El fantasma de Kyrioka se disipó en el aire y no volvió a aparecerse nunca más.

*

Basta poca cosa, una pizca de sentido común, una pregunta clara, una risa, para desarbolar a los falsos gurus, que manipulan a las almas simples, a los espíritus sensibles o frágiles, envolviéndose de sombra y misterio. Unos cuantos granos de soja, y se esfuman los fantasmas...

LOS BROTES DE BAMBÚ

Cuento de origen chino

El bambú es una planta tropical milagrosa. Es una caña ligera, resistente, elástica, apta para todos los usos. Pértiga para los acróbatas, caña o bastón que sirve a los maestros zen para llamar al orden a los discípulos adormecidos o distraídos. El bambú se pliega dócilmente en forma de cesto, de celosía, de jarrón e incluso de tambor. Con algunas especies se fabrican muebles, con otras, en el Japón y la China, se construyen pueblos enteros. Una especie singular, precoz y carnosa recibe el nombre de «bambú Môzô». El nombre lo debe a un tal Môzô, que vivía en la China, en la región de Kiang Hia del antiguo reino de Wu[8], en el siglo III de nuestra era. He aquí la historia de Môzô, tal como nos la transmitieron los siglos pasados.

*

Môzô, huérfano de padre, vivía solo con su madre, a quien profesaba una gran piedad filial. Empleado de obras públicas, era un escriba modélico que caligrafiaba de maravilla, y todos lo apreciaban por su modestia y su celo. Durante sus horas de asueto, iba por el campo para recoger una especie de bambú particular cuyos brotes grandes y tiernos constituyen un manjar refinado. A su madre la chiflaban.

Llegó un momento en que su madre ya no podía tomar una sola comida en la que el primer plato no fuesen brotes frescos de bambú. Môzô corría por campos y bosques, en invierno y en verano, para ofrecerle a su madre sus brotes de bambú preferidos.

«¡Ay hijo mío! —exclamaba la señora— ¡No sé qué haría sin mis brotes de bambú! Ya no me gusta otra cosa desde la muerte de vuestro padre. ¡Creo que me moriría!»

Y Môzô corría por el campo, exploraba las campiñas, los prados, las lindes de los bosques, y todos los días traía para su madre los brotes de bambú que tanto le gustaban.

Pero resultó que, aquel año, en el reino de Wu, el invierno fue excepcionalmente riguroso. Nevó en abundancia. El suelo estaba helado. Môzô corría más que nunca por los campos y los bosques, descubría los brotes de bambú donde ningún otro hubiera encontrado nada. Los recogía bajo las acumulaciones de nieve, en lo más profundo de los bosques, en todas partes. Pero una tarde volvió a casa con las manos vacías. Su madre se negó a comer. Los días siguientes, Môzô regresaba con las manos vacías y desesperado:

«Madre, hago todo lo que puedo, corro de norte a sur, de este a oeste, pero mientras persista esta nieve, no os podré ofrecer los brotes de bambú que tanto os gustan. Os lo ruego, aceptad comer».

Pero la madre de Môzô no respondía. Se negaba a alimentarse, ni bebía ni comía, y comenzó a desmejorar. El cielo estaba azul, frío, implacable, y todo el campo estaba endurecido bajo la nieve helada. Entonces, una mañana, Môzô, desesperado, alzó los ojos al Cielo:

«Desde hace años —se lamentó—, mañana y tarde, de norte a sur, de este a oeste, he buscado en todas partes los brotes de bambú. Ni un solo día se los he dejado de traer, para que no muera, y ahora ya no puedo encontrar». Se retorcía las manos, apesadumbrado, y dirigía la mirada al jardín que tenía delante de casa, a la nieve fría e indiferente a su dolor.

En aquel momento, en que estaba de rodillas implorando al cielo, distinguió en medio de la blanca alfombra tres brotes violáceos que emergían de la nieve. ¡Tres brotes de bambú! Los tomó y se los llevó a su madre. Ella comió y bebió, y salvó la vida. Desde entonces, tanto en la China como en el Japón, aquel bambú recibe el nombre de «bambú Môzô». Es el símbolo de la piedad filial.

*

Buddha está presente tanto en un brote de bambú como en la inmensidad del cielo:

Su frescor,
olvidarlo es imposible,
los bambúes de este año[9]

Ryôkan

GOBUKI Y EL DRAGÓN

Todos los países, todas las civilizaciones, cada una a su manera, narran la misma historia del héroe y el dragón. Es el combate mítico del Bien y el Mal, de la juventud y el valor derribando al monstruo abominable, del Justo aplastando a la Tarasca. El Zen recoge a su vez el mismo tema milenario. Pero lo trata de otro modo.

*

Había una vez un hombre joven, pobre y bien formado, que era famoso por su valor. Por aquel entonces vivía en la montaña una especie de ogro, un monstruo que impedía el paso aterrorizando a los viajeros. Los campesinos, cuando anochecía, narraban sus horribles estragos. Nadie conocía su aspecto, pues nadie había regresado vivo de la montaña. Gobuki dijo que iría a enfrentarse con la bestia. Trataron de disuadirlo, la muchacha que lo amaba lloró y lo abrazó, pero nada hizo vacilar su determinación y su valor. Los campesinos más juiciosos le proporcionaron armas: un palo y una horca. El señor del lugar añadió a ello una lanza y una espada, y un soldado le dio una pesada pica. Así armado, Gobuki se fue solo a la montaña. Caminó durante tres días y, finalmente, a la mañana del cuarto,

se presentó solo ante la caverna en la que vivía el monstruo. Éste salió enseguida, rugiendo y echando fuego por la boca. Verlo era horrible. Pero Gobuki, noblemente plantado, no retrocedió ni un paso.

Se quedaron así unos instantes, mirándose fijamente. El tiempo parecía haber quedado en suspenso, a la espera del drama. Finalmente, el monstruo exclamó:

«¿Por qué no sales huyendo como los otros?

—¡No tengo miedo de vos! —dijo Gobuki.

—¡Te voy a devorar! —rugió el monstruo.

—Si queréis, mirad, pongo mis armas en el suelo, el palo, la horca, la lanza, la espada y la pesada pica de soldado; sé que no me tocaréis.

—¡Pero bueno! ¿Cómo es que no te aterrorizo? —preguntó el monstruo, desconcertado.

—Yo soy el Atma, soy la Realidad universal, yo soy *Eso*. Si me devoráis, es que estáis loco, pues os devoraréis a vos mismo. Somos *uno*. Pero, por favor, si queréis hacerlo, estoy a vuestra disposición».

El monstruo, anonadado, exclamó:

«No comprendo nada de lo que dices, pero contigo todo se me vuelve demasiado complicado. Los otros huyen aullando de miedo, yo los persigo, los mato y los devoro. Es todo muy simple. Pero ahora no sé qué tengo que hacer. Y al fin y al cabo, prefiero abstenerme, creo que mi estómago no resistiría a un ser tan raro como tú. ¡Por favor, coge tus armas y vete!»

Y el monstruo, asqueado y triste, se retiró a su caverna.

OSHOKUN, LA BELLÍSIMA...
Cuento de origen chino

Yuan de los Han,[10] uno de los últimos emperadores del noble linaje de los Han, tenía tantas esposas que no sabía cuántas tenía exactamente. La tradición exigía que, cada año, los altos dignatarios de la corte le ofreciesen sus hijas más hermosas. Y cada año, murmullo de surtidores, crujido de sedas, confidencias recíprocas a la sombra de los abanicos, iba aumentando el número de esposas en el gineceo. Y resultó que un día se presentó en la corte una embajada del país de los hunos. La guerra entre aquel territorio salvaje y el imperio duraba desde hacía muchos años. Yuan, gobernante sabio, deseaba la paz. Recibió a los bárbaros con cortesías y mil atenciones, y finalmente decidió ofrecerles un obsequio que los dejase totalmente satisfechos.

Pero ¿qué? Aquella gente tosca no sabía apreciar ni la porcelana fina, ni los cofrecillos lacados, ni el jade, ni las sederías de delicados matices.

«¡Majestad! —dijo el primer ministro— ¿me permitís una sugerencia?»

El emperador asintió.

«Ofrezcamos al rey bárbaro una de vuestras esposas...

—¡Oh!, exclamó la multitud de cortesanos indignados.

—¡Majestad, es el único presente que sellaría definitivamente la paz entre nuestros dos países!

—¡Que así se haga! —dijo el emperador.

—Vuestra majestad querrá sin duda designar cuál de sus esposas tiene menos atractivos; ¡aun con eso será un altísimo honor para esos bárbaros!

—Que así se haga —dijo el emperador—. Ordeno que los pintores de la corte hagan el retrato de todas mis mujeres, y escogeré a la que tenga que irse a tierras lejanas».

La noticia corrió como la pólvora por todo el gineceo. Iban a ir los pintores de la corte para retratar a todas las mujeres. La menos bella, la menos deseable, partiría al destierro en tierras lejanas. Ninguna quería irse a aquel país salvaje y servir de juguete a un rey bárbaro. Todas se propusieron ganarse a los pintores de la corte, y se esforzaron por salir favorecidas. Cuidaron hasta el extremo su rostro, no ahorraron los ungüentos ni los maquillajes, se alisaron el pelo, se adornaron con joyas. Rivalizaron en halagos y melindres con los pintores de la corte. Todas se realzaron las mejillas y la frente con polvo de oro. Todas excepto una. Oshokun era hermosa, de una belleza tan evidente y luminosa que las otras esposas se apagaban en su presencia como la luz de las linternas ante la claridad de la mañana. Cuando le llegó el turno, se presentó ante los pintores sin arreglarse, sin joyas, con el rostro desnudo, y no hizo nada por ganárselos. Los pintores, sintiéndose vejados por su indiferencia, le añadieron algunos rasgos toscos que afeaban maliciosamente aquel rostro maravilloso.

El emperador recibió los retratos. Todos eran parecidos, excepto uno singularmente desnudo y sin arreglar. Designó a Oshokun e hizo partícipes de su elección a los emisarios extranjeros. Ordenó que notificaran a su «regalo» que estuviese preparada para viajar a tierras bárbaras.

Pero aquella noche, antes de dormir, volvió a mirar aquel rostro extraño, y le entró una duda. Pero decidió no pensar más en ello. «Es necesario que envíe un presente al rey bárbaro —se dijo— y puesto que tengo que sacrificar a una de mis mujeres, más vale escoger a la menos arreglada, la más insensible a la vida cortesana». No obstante, a la mañana siguiente, ordenó de repente a su chambelán que fuese a buscar a Oshokun, a quien él todavía no había visto nunca, y a quien quería conocer antes de entregarla a la embajada de los hunos.

Entonces entró Oshokun en el salón del trono: como una caricia de la primavera, como un cerezo en flor era lo que aparecía ante los deslumbrados ojos del emperador. Allí estaba Oshokun, erguida, noble y bella, con una belleza inaudita que le atravesó el corazón. Ella permanecía con la mirada baja, sin hablar, y él la amó. Cuando Oshokun se atrevió a mirar al joven emperador petrificado en su trono, su corazón de joven virgen arisca flaqueó de inmediato, y conoció el amor.

El emperador había dado su palabra, había anunciado su elección a los dignatarios de la corte, y los emisarios extranjeros iban a regresar a su país. El destino estaba fijado. Así vivieron en la melancolía el resto de sus días, Oshokun, la bellísima... y su amado emperador.

Así nos lo han contado entre las cosas del pasado.

*

El Zen es originario de la India, donde llevaba el nombre de *dhyana*. Su introducción en la China se remonta al siglo VI. El 21 de septiembre del año 527 desembarcaba en Cantón un monje indio barbudo de ojos azules que intrigó bastante a los chinos. El emperador Liang Wu Ti era un

hombre austero y probo, además de ferviente budista. Al final de su vida, pensó en hacerse monje. Mandó que acudiera a su corte de Nankín aquel nuevo profeta de extraño aspecto que afirmaba llamarse Bodhi Dharma, y lo recibió con signos de deferencia. Pero la doctrina tan simple y desnuda del monje lo desconcertó.

Refieren este diálogo entre el emperador y Bodhidharma:

«Desde que empezó mi reinado, he hecho construir muchos templos y copiar numerosos textos sagrados y he ayudado a los monjes; cuál es según vos mi mérito?

—No hay mérito —respondió Bodhidharma.

—¿Y por qué?

—La acción verdaderamente meritoria está llena de pura sabiduría».

Bodhidharma abandonó rápidamente la corte y se dirigió al norte. El emperador no lo retuvo. Bodhidharma terminó instalándose en el país de Wei, en el célebre monasterio de Shao Lin. Cuenta la leyenda que murió a la edad de ciento cincuenta años y que fue enterrado en la montaña, en Hunan. Y cuentan que, al abrir su tumba un siglo más tarde, la encontraron vacía. No quedaba de él más que una sandalia.

Las enseñanzas de Bodhidharma, que simplificaban y purificaban el budismo, tomaron en la China el nombre de *Ch'an*. Un discípulo, Tan Lin, las describe así:[11]

Los sabios no escatiman ni su cuerpo ni sus bienes, y nunca se cansan de ser generosos. Son independientes y carecen de apego.

Ya no se dejan engañar por las apariencias, y al practicar las seis perfecciones,[12] *no se sirven de ninguna. De este modo, sin pensar en ello y sin atribuirse ningún mérito, vi-*

ven en el Amor por toda criatura, serenos, unificados en armonía con el Dharma (la ley, la virtud y el bien).

En el siglo XII, un monje budista japonés llamado Eisai descubrió el Ch'an en un viaje para estudiar en la China. Entusiasmado, lo importó al Japón, donde se implantó y se difundió con el nombre de Zen. En nuestros días, el Zen ha invadido Occidente. Así, atravesando las épocas y las civilizaciones, adaptándose a otras prácticas y otras costumbres, el Zen es esa cuchilla desnuda, esa llamada a lo esencial, ese resonar de lo Absoluto. Pasa, libre, insolente, gozoso, enigmático y fascinante. Es siempre ese «camino que va», que simboliza la sandalia que encontraron en la tumba vacía de Bodhidharma.

*

Esta breve nota histórica me ha parecido necesaria en este punto del libro porque...

«¡Querido autor, permítame que le interrumpa! ¡Más bien me ha parecido incongruente! Aún nos encontramos bajo el encanto de la bella y desdichada Oshokun, conmovidos por esa historia de amor.

—¡Me permito recordarle, sin embargo, que se trata de un cuento zen!

—¿El Zen significa aquí algo?

—Ya sabe usted que una historia zen no tiene ni explicaciones ni moraleja, se nos entrega en bruto. Somos nosotros los que tenemos que meditar, que prolongarla.

—Por lo que a mí respecta, la prolongo dejándome invadir por una dulce melancolía; sueño en esos dos amantes a quienes un destino funesto separó para siempre.

—¡Oiga! —digo yo con un poco de sorna— ¡que no es

un cuento de Perrault, ni un dramón decimonónico! Hay que ir más allá».

Mi interlocutor me mira, algo confundido. Sonrío, y él también sonríe...

«Perdóneme —digo riendo—, nada me parece tan difícil como tratar de hacer comprender el alma del Zen.

—Le escucho.

—Yo le preguntaría esto a la bella Oshokun: ¿tan contrario al honor, a la *vía*, era aceptar adornarse como sus compañeras? ¿Acaso desdeñar los ungüentos, polvos y perendengues no equivale a darles una importancia excesiva? ¿Por qué no aceptar su belleza con sencillez? Pienso en aquel texto del Evangelio: «Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone bajo la cama, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz» (Lucas 8, 16).

El Zen no dice otra cosa. La belleza, la inteligencia, los talentos, tenemos que manifestarlos para poder ofrecerlos y compartirlos. Sé bella, Oshokun, en todo el esplendor de tu primavera. En la plenitud de la realidad, tal cual es, es donde se presiente lo Invisible, el Atma. Hubiera bastado tan poco, bella Oshokun, para que tu destino hubiese sido otro, y otro también el de tu amado emperador.

Así funciona el juego del karma.

*

Los cuentos siguientes nos llevan un poco más adelante en el camino. Cada cuento abre un poco la puerta del Zen.

MORIR... ¿A QUÉ EDAD?

El hombre tiene el destino de la chispa.

Louis Aragon, *Elsa*

Ryokan, el poeta del siglo XVIII, el San Francisco de Asís del budismo, que sabía hablar a las plantas, los insectos y los pájaros, era conocido en el Japón por su sabiduría y la eficacia de sus kitos[13]. De todas partes del país acudían a consultarle y a pedirle que intercediera ante los dioses.

Y resultó que una mañana se presentó ante su choza de ramas un honorable monje, muy delgado, y reseco por la edad.

«Me honra tu visita, santo monje, dijo Ryokan. Tu fama de bondad ha llegado hasta aquí; ¿qué deseas?

—Quisiera un kito —dijo el hombre, acariciándose la barba, corta y blanca.

—Con mucho gusto —dijo Ryokan—, ¿y qué deseas?

—Quisiera que mi vida sea larga...

—¿Qué edad tienes?

—Ochenta años desde la última floración de los cerezos.

—¿Y hasta qué edad tengo que pedir a los dioses que se prolongue tu vida?

—Cien años. Cien años me parece una buena cifra; sí, cien años está bien.

—Estoy asombrado por la modestia de tu petición —dijo Ryokan—. Si has venido de tan lejos para pedirme este kito, ¿por qué contentarte con cien años?

—La verdad es que incesantemente voy prodigando a mi alrededor sabiduría e influencia benéfica —suspiró el visitante—; ¡qué no haría si viviese más! Digamos ciento veinte o ciento treinta; o pongamos una cifra redonda: ciento cincuenta años. ¿Es posible?

—Por supuesto —dijo Ryokan—; entonces, decimos ciento cincuenta años. Mis kitos son muy precisos, de modo que te voy a preparar uno para ciento cincuenta años exactamente. Pero ¿te lo has pensado bien? Tienes ochenta años: te quedarán por vivir setenta, menos de lo que has vivido; pero bueno, eso es lo que deseas, y tú eres un hombre sabio y poco exigente.

—Espera un momento, ahora que lo dices —interrumpió el octogenario—. Es verdad que setenta años son pocos, porque estos primeros ochenta años se me han pasado como un sueño, y me parece que fue ayer cuando jugaba con mis hermanos y hermanas en el jardín de mis padres.

—La segunda parte de la vida —señala Ryokan— es como la otra vertiente de la colina, se baja más deprisa de lo que se ha subido.

—¡De acuerdo, me rindo a tus argumentos, sabio Ryokan, hazme un kito para... digamos... trescientos años!»

Ryokan se rasca la cabeza y no se mueve.

«Bueno, ¿a qué estás esperando? —pregunta impaciente el visitante—, ¿mi petición es excesiva? —añade inquieto.

—No, no, estaba pensando —dice Ryokan—. En el fondo, ¿por qué pararte en trescientos años? Cuentan que

hay tortugas que viven mil años, y las grullas... ¿Por qué sólo trescientos?

—¿Mil años? Buenooo..., al fin y al cabo..., la perspectiva no carece de alicientes. ¡Tengo tantas buenas acciones que hacer, y podría hacer tanto bien en mil años!»

Ryokan no se mueve y parece perplejo.

«Santo monje, es que sopeso tus palabras y me doy cuenta de lo valiosísima que es tu vida; la mejor solución sería que no murieses.

—¿Podrías hacerme un kito que me impidiese morir?

—¡Sí, pero sería muy caro, carísimo, y muy difícil!

—Estoy dispuesto a pagarte lo que haga falta, a practicar los más duros ejercicios; me has convencido, noble Ryokan; te lo ruego, haré cuanto exijas, pero hazme el kito que me hará inmortal».

A partir de aquel día, Ryokan tuvo en su humilde cabaña de ramas a aquel viejo procedente del norte. Cortaban juntos la madera, iban juntos a buscar el agua al río, dormían en el mismo suelo de tierra apisonada, y rezaban y meditaban durante largas horas. Se comían el bol de arroz o se reían al contemplar el vuelo de un arrendajo torpe. En primavera, Ryokan compuso unos poemas:

Este mundo
no es otra cosa
que flores de cerezo[14]

y también

El ruiseñor
me despierta del sueño,
mi arroz de la mañana.

o bien

La barca del arroz
se dirije
hacia la luna del tercer día[15]

Así fueron pasando un invierno, una primavera y un verano.

Una tarde de final de verano, estaban sentados los dos ante la cabaña, contemplando la primera bandada de ocas salvajes, cuando Ryokan dijo:

«Mañana voy a proceder a la ceremonia del kito que te hará inmortal, como habíamos convenido.

—La verdad es que ahora no entiendo —dijo el octogenario soñador acariciándose la barba, ya muy crecida— por qué te pedí aquel kito».

*

Lo finito es lo infinito, y lo infinito es lo finito. El presente es la eternidad.

EL VIAJE
Cuento de origen tibetano

Dos monjes van de viaje. En tres días no han visto más que a una vieja en el umbral de su cabaña. Fue ayer; les ofreció un poco de cebada tostada, ligada con té y mantequilla rancia. Aquel magro tsampa[16] del día antes ya les ha bajado a los talones. Tienen hambre y frío. De pronto, empieza a llover. El monje más joven se proteje como puede con un faldón de su manto. El mayor camina delante en silencio. Cae la noche sin que se vea en el horizonte ningún lugar en el que refugiarse, ningún templo, ni ermita, ni la más humilde cabaña. El sendero que siguen va a perderse a lo lejos, en la montaña. El joven novicio ya no puede más. No sabe dónde termina aquel interminable viaje. «El templo zen no debe de estar lejos —dice para sí—; me parece que nos acercamos a Kamakura, pero ¿será ese nuestro destino?»

Rompiendo la estricta consigna de silencio, se atreve a preguntar a su superior, que avanza con paso firme:

«Maestro, ¿a dónde vamos?

—Ya estamos —responde el maestro.

—¿Queréis decir que el final de etapa ya está cerca? —insiste el joven monje

—Aquí, ahora. Ya estamos».

El novicio, espantado, mira el sendero pedregoso que

se adentra en la bruma. A lo lejos, las temibles cimas se pierden ya en la noche. Tiene miedo, y frío, y hambre. Y de repente, en un claro, comprende. Se acuerda de las palabras que a menudo ha oído repetir en el monasterio: «El Zen es un camino que va...». En cada paso por ese camino, está incluida la eternidad. En el presente anida la vida, el oasis, lo infinito. Saboreo el presente; el pasado ya se fue, y el futuro es un sueño; sólo el presente *es*. «Cuando despiertas a la verdad —dice un poema antiguo—, tu mente se vuelve brillante y luminosa, como un rayo de luna».

Repitiéndose estas cosas, el novicio avanzaba en paz.

*

Siento por este cuento una dilección particular. Del collar, cada cual escoge la cuenta que más le gusta. Vivir en el presente es uno de los secretos del Zen. Otro enfoque bien conocido es el del *Cha no yu*, la ceremonia del té.

Los ingredientes son los siguientes:

— un lugar modesto y apacible,

— acoger el momento,

— trato agradable y tranquilo con amigos,

— cuidado y amor aportados a la preparación del «elixir dorado»: el té,

— contemplación de objetos simples y hermosos,

— silencio.

Imaginémonos un sendero apartado, en una montaña o en un bosque que conduce a la morada de un sabio. Ahí vemos aparecer el pabellón de té. Su construcción es simple, está hecho de madera y bambú. Aquí de lo que se trata no es de oponerse al tiempo, de deificarlo mediante una irrisoria eternidad de piedra, sino de «abrazarse» a él. La

sala en la que entramos es de superficie modesta: unos nueve metros cuadrados (dos esteras y media); tres o cuatro amigos cabrán cómodamente. Una pintura zen, un ramo de flores del campo por todo adorno. El hogar de carbón de madera, el hervidor de hierro redondo cubierto de pátina, el recipiente del agua, el cucharón de bambú, un trapo blanco inmaculado, los botes de té, los boles tradiciones corrientes. El maestro de té lleva a cabo los gestos rituales con eficacia, lentitud, cuidado y amor. La conversación va transcurriendo, apacible; se habla de poesía, de historia, de arquitectura. Muy suavemente se va apagando el ligero ruido de las voces, y todos contemplan en silencio los boles familiares, una flor del campo; se oye a lo lejos el canto de un pájaro. El tiempo se encuentra en suspenso; armonía, serenidad.

A lo largo de los siglos, el ritual se fue complicando, se fueron conviniendo cientos de reglas sobre el arreglo floral, la manera de verter el té, etc., pero Rikyu, el más célebre de los maestros de té, recordaba:

El té *no es otra cosa que esto:*
Hacéis hervir el agua
Hacéis infundir el té
Y os lo bebéis...
Es todo cuanto hay que saber.

EL SILENCIO

Silencio es un término polisémico, palabra de muchas máscaras concéntricas como la piel de cebolla. Una palabra que pelamos encantados. Ausencia de ruido, ayuno de la palabra, renunciación, aparece como canto secreto del lenguaje llegado a su fin, música de mil armonías según sean los contenidos de la imaginación, los sentimientos, la intuición. El silencio penetra hasta más allá de donde alcanza el concepto, el intelecto, y nos conduce al corazón de las cosas, nos hace tocar, por poco que nos prestemos a ello, el corazón de Dios. Buddha recibe a veces el nombre de «maestro del silencio». Entre los budistas, especialmente en la rama zen, el silencio está considerado un medio privilegiado de alcanzar la verdad, la fuente oculta.

*

Japón, primera mitad del siglo XIV, durante el shogunato de los Ashikagaka. Un templo perdido en la montaña. Cuatro monjes zen han decidido hacer un *sesshin* (una especie de retiro) en silencio absoluto. El frío es intenso.

«¡Se ha apagado la vela! —dice el monje más joven.

—¡No tienes que hablar! Estamos haciendo un *sesshin*

de silencio *total* —observa severamente un monje de más edad.

—¡Por qué habláis en vez de callar como habíamos convenido! —señala con humor el tercer monje.

—¡Soy el único que no ha hablado! —dice con satisfacción el cuarto monje.

Esta anécdota hace sonreír; pero ilumina con precisión el espíritu del Zen. Lanzan pullas a los monjes, tratan con humor el silencio, pese a que saben que es un elemento esencial de la *vía.* Y es que el silencio es tan sólo el silencio, o sea un medio. «Si encuentras a Buddha, mata a Buddha», dice una máxima célebre.

*

Nada tiene que obstaculizar la experiencia personal.

LA BANDERA Y EL VIENTO

El Zen sigue un camino recto. No da explicaciones, sólo sugiere. Es conocida la famosa anécdota del discípulo que pregunta a su maestro:

«¿Cuál es la verdadera naturaleza de Buddha?

—El ciprés en el patio».

El Zen une lo visible y lo invisible, lo humilde cotidiano y la realidad última, lo relativo y lo *absoluto*. El «ciprés en el patio», la flor ante nosotros, el guijarro bajo nuestros pasos, son los caminos que conducen al más allá, del más allá, del otro lado.

*

Una hermosa tarde de primavera, un maestro zen vuelve de paseo. El tiempo es delicioso, ni calor ni frío, un tiempo de equilibrio y gracia al que se adapta espontáneamente el alma. Sopla una ligera brisa y, al llegar frente al portal del monasterio, el maestro ve que la bandera con la efigie de Buddha ondea suavemente al viento. Ante ella hay dos jóvenes novicios.

«—¡Lo que se mueve es la bandera!

—¡No, el viento!

—Según la buena doctrina, lo que importa es lo que ve-

mos ante nosotros en este momento. ¡Y es la bandera, se mueve!

—¡Que no! Tu manera de ver es errónea, porque la agitación de la bandera es tan sólo consecuencia del viento; el viento es la primera causa, la realidad que está más allá de la apariencia.

—¡Pero la existencia del viento es una hipótesis!

—¡La bandera no se mueve porque sí, su realidad es constitutiva del viento!

—¡Pura especulación!

—¡Evidencia!

—¡No! ¡En absoluto!

—¡Claro que sí!».

Los dos monjes se acaloran, lo que era tan sólo una conversación amable se ha convertido en una disputa, en una batalla. Un poco más, y llegan a las manos. Entonces advierten la presencia del maestro del templo, que los mira impasible. Algo confusos, se vuelven a él:

«Maestro, ¿qué es lo que se mueve, la bandera o el viento?

—No es la bandera lo que se mueve, no es el viento lo que se mueve, monjes, lo que se mueve es vuestra mente».

*

«El Zen es un misterio. En cuanto lo toca un pensamiento, desaparece».[17]

SE VA EL AMOR

El capullo que se abre florece, se desarrolla, se marchita y se convierte en polvo. Toda forma que aparece desaparece. Todo lo que nace muere; todo lo que viene se va y manifiesta así el *eso*, el eterno Atma, que es lo único que permanece.

*

Un hombre joven y pobre llamado Iruka amaba con toda la locura de su corazón a una muchacha rica y bella a más no poder. Puesto que era letrado, Iruka escribió a su amada una carta de amor cada día durante tres largos años sin fallar una sola vez. Al tercer año, se atrevió a sugerirle que le hiciera un signo durante la fiesta del *bon*.[18] Pero la amada no respondió, ni siquiera lo miró, ni le mostró nunca el menor interés. Entonces el corazón de Iruka se cansó. Pensó hacerse monje, y lo hizo. Y pasó el tiempo...

Una mañana de primavera, iba a buscar el agua a un pozo situado cerca de su ermita, cuando Iruka se encontró a Chujo por primera y última vez en su vida. Ella se echó a sus pies:

—¡Iruka! —exclamó— ¡He caminado durante meses antes de encontrarte, y por fin te veo, admirable Iruka! Tu

amor, del que dan testimonio mil cartas, ha terminado por tocarme el corazón.

Al decir aquellas palabras, descubrió su rostro, hasta aquel momento cubierto por un velo de seda, y era tanta su belleza que hacía palidecer la luz del día.

—Soy tuya, Iruka, ahora te amo como me amabas tú entonces.

Iruka le respondió:

—Es demasiado tarde, Chujo, he cortado todos los lazos con esta clase de amor. Soy monje.

Y sin una mirada, la dejó.

Chujo, desesperada, se tiró al río y se ahogó.

Enterado de la noticia, Iruka compuso este poema:

No queda en la rama,
la flor de cerezo,
antes del verano muere.

*

Esta historia pertenece ahora al pasado. Todo lo que nace muere. Todo lo que viene se va, y no permanece más que el eterno Atma.

UNA MONJA MUY SINGULAR

A un viejo maestro zen le gustaba esta historia.

«Este cuento será un momento importante en vuestro camino a la sabiduría...», y sonreía pícaramente al decir estas palabras a los jóvenes novicios.

¡Si hubieseis conocido la ciudad de Nara en aquellos tiempos. Nara «la verdeante, la flor olorosa», joya de la isla de Honshu, la capital religiosa del Japón, su Roma búdica. Entre sus murallas vivían cientos de monjas y monjes. Por todas partes florecían los santuarios, capillas, pagodas de varios pisos y templos célebres. El más conocido de todos era el maravilloso templo de Todaiji. Durante las grandes fiestas budistas, asistía a las ceremonias el emperador en persona. Ese día, la ciudad entera estaba alborozada. Una multitud inmensa llenaba las callejuelas que rodeaban el templo, y los malabaristas, los marionetistas, los mimos y los acróbatas rivalizaban en habilidades divirtiendo a los mirones con sus trucos.

De pronto empezó a correr un rumor: «¡El Emperador, el Emperador!». Soldados armados de pesadas picas apartaban a la multitud, y el cortejo iba avanzando: el Emperador, ricamente vestido de oro sobre su palanquín, rodeado por una nube de cortesanos, ministros, chambelanes

y bonzos. Los perfumes del incienso perfumaban el aire, y los cantos acompañaban de música celestial el lento avance del cortejo imperial hacia el gran pórtico del templo, por encima del cual aparecía el magnífico buda lacado que resplandecía con mil luces.

«¡Eran unas fiestas maravillosas! —decía el maestro zen, pensativo.

—¡El cuento, maestro, el cuento!», suplicaban los jóvenes novicios.

El maestro sonreía: «El lugar y el momento forman parte del cuento; permaneced atentos, la sabiduría no se entrega a los impacientes».

*

Sucedió que, por aquella época, un monje cayó perdidamente enamorado de una monja. Ryonen era hermosa, de una belleza radiante, a la vez resplandeciente y misteriosa. En su físico encantador deslumbraba todo, su tez, la elegancia de su cabeza, su porte, pero ella le añadía una inteligencia penetrante, un carácter decidido, una generosidad y una atención a los demás, y todo ello brillaba con luz interior. Ryonen hubiera podido volver loco de amor a los más sabios de los hombres, tal vez de los monjes... Hashino sentía por ella un amor poco razonable, exacerbado. No comía, ni dormía, estaba distraído durante las ceremonias rituales, estaba obsesionado, no veía otra cosa que ella, no vivía más que para ella, corría a su perdición. Una noche, cruzó la frontera, cometió el crimen supremo, se introdujo en su celda y le suplicó que lo amase.

Ryonen tuvo entonces el destino de Hashino entre sus manos. Hubiera bastado que gritara, que llamase a sus hermanas, y hubiera sucedido lo peor. Pero ella no opuso re-

sistencia, no manifestó ningún asombro. Tan sólo dijo al novicio, que ardía de deseo: «Me entregaré a ti mañana».

El día siguiente era la gran fiesta. Con ocasión de la Iluminación de Buddha, el Emperador asistía a los oficios. Allí, en el santuario del templo de Todaiji, Ryonen se apareció ante Hashino completamente desnuda:

«¡Tómame ahora!», le dijo.

Y entonces Hashino vivió el *Satori*, el despertar. Como esos dibujos en los que la forma y el fondo cambian de lugar en un instante, vio la realidad que hasta ese momento había permanecido oculta. Supo que su amor era artificial, fantasmático, que sus locos deseos eran como los reflejos cambiantes de la luna en la superficie del agua. El velo de la ilusión se había rasgado. Hashino accedió a la raíz del yo, a la verdad, a la paz.

¿QUIERES SER EMPERADOR?

En aquella época, Heyan Kyo, que significa «Capital de la paz y la tranquilidad»,[19] era un lugar encantador en el que residía Su Majestad el emperador. Nobles señores vestidos de rojo, túnica color cereza y pantalón púrpura, nobles damas de ropas impresionantes, de colores incesantemente nuevos, rivalizaban en las justas de amor y las adivinanzas. Las fiestas suntuosas se sucedían inesperadamente en los palacios y mansiones, ornados de magníficas estatuas. Los músicos acompañaban en las orillas del lago de las Ocho Virtudes a los amantes del claro de luna. Los templos estaban construidos de maderas preciosas, adornados de nácar, incrustados de piedras preciosas, y las ceremonias rituales daban pie a fastos sin igual en todo el imperio.

*

El emperador Saga era un hombre ya de edad, algo cansado de todo aquel perpetuo festejar. Una pena secreta lo carcomía. No tenía hijos. A menudo se ausentaba de la corte e iba con unos cuantos siervos fieles y discretos a casa de un eremita, un monje zen. Éste vivía no lejos de la capital, en una simple cabaña de ramas, cerca de una pagoda en

ruinas. Sentado en un tronco de árbol, Saga observaba al monje rezar, meditar, cortar madera, y el brillo del hacha al ritmo de sus golpes bajo el sol.

«Contemplo desde hace años cómo vives, Ryoben; eres activo, enérgico, generoso y sabio. Yo me estoy haciendo viejo, y no tengo hijos. ¿Quieres sucederme? ¿quieres ser Emperador?»

A aquella pregunta asombrosa, el monje no respondió palabra.

«Imagínate, Ryoben, los placeres, la riqueza, el poder absoluto, el derecho de vida y muerte sobre todo cuanto respira en este país. Podrías hacer construir aquí un palacio, o un templo de cien pagodas, difundir el Zen, extender su influencia. ¿No te tienta?»

Entonces Ryoben dejó el hacha, se recompuso las ropas y dijo:

«Voy a ir a la orilla del río a lavarme los oídos manchados por vuestras palabras».

Se fue al río, donde se encontró a un campesino que solía acudir allí con su vaca para que ésta bebiese.

«¿A esta hora te lavas las orejas?

—Sí, me las han ensuciado las palabras del Emperador. Me ha propuesto que lo suceda y suba al trono.

—¡Comprendo que te laves! —dijo el campesino—, y en estas condiciones no voy a dejar que la vaca beba de esta agua contaminada».

*

Provocación, impertinencia, la gran risa liberadora del Zen. Para el monje es lo mismo el gran señor y el pobre desgraciado, el león y el gusano. El Zen, que no desea nada y que no posee nada, es la libertad perfecta.

¿QUIÉN ES EL VERDADERO ROSHI?

Cuento de origen indio

Un notable indio llamado Roshi era un tacaño, un avaro. Hay dos clases de avaros, el que aparta y amontona dinero por el placer de «acariciar su buen dinero», y el agarrado que somete a racionamiento a todos los que viven en la casa, a los que lo rodean, para disfrutar de su bien él solo. Así era Roshi, un abominable egoísta.

Una hermosa tarde de verano, se fue a la selva sin otra compañía que un asno cargado de vituallas. Allí, tras localizar un lugar tranquilo, se instaló, se tumbó, se puso cómodo, y comenzó una copiosa cena. Engulló carne de varias clases, arroz al curry, postres —sobre todo cremas, que le volvían loco—. Bebió abundantemente los más raros vinos, los más caros, los más embriagadores. Finalmente, harto, feliz, se puso a declamar de este modo, dirigiéndose al cielo, los pájaros y los animales del bosque:

«¡A mí, Roshi, ahora me toca tener mi fiesta!

Tengo todo el vino que quiero, y grande es mi voluptuosidad.

Supero y sobrepaso a cualquier otro hombre.

¡Y supero a Shaku, el emperador de los dioses!»

Y resultó que aquel día, por casualidad, Shaku[20] lo escuchó. Se sintio indignado de la imprudencia y vanidad del personaje y decidió castigarlo.

El emperador de los dioses, que reina sobre treinta y dos ciudades, adoptó entonces la forma y el rostro de Roshi y se presentó en casa de éste. Nada más entrar, ordenó que abriesen los graneros y distribuyesen liberalmente el trigo entre los pobres de diez regiones. Cuando no quedó nada, vació los cofres y distribuyó el oro; todo el mundo recibió oro, desde el más humilde criado hasta el último pinche de cocina. Finalmente, hizo agujerear los toneles, y el vino corrió a mares. Todos lo rodearon, lo abrazaban y lo festejaban. La juerga estaba en pleno auge, todo eran festines, risas y cantos, cuando oyeron que alguien llamaba rudamente a la puerta.

«¡Eh! ¡Malditos gandules! ¿Es que no hay nadie que me abra?»

Era el verdadero Roshi, que volvía del bosque.

Llegó el viejo guarda, flaqueándole un poco las piernas a causa del vino que había bebido:

«¿Quién sois, se-se-ñor? —pronunció con dificultad.

—¡Viejo imbécil! ¡Soy yo, Roshi, tu amo!

—¡No es po-o-sible; mi amo está de-de-entro!», balbuceó, y se alejó muy digno.

Loco de furia, Roshi empezó a aporrear el portal, a aullar... armó tal estrépito que la gente de la casa terminó yendo a ver qué ocurría. Lo hicieron entrar, y los dos Roshi se encontraron frente a frente. ¡Cuál era el verdadero? Los mismos ojos negros y maliciosos, la misma papada y la misma barriga rechoncha. Allí cada cuál dio su parecer. Los criados se inclinaban por el emperador de los dioses, y también los niños lo designaban, con entusiasmo. La esposa, por su parte, vacilaba. Se hubiera inclinado por el Roshi amable y generoso, pero el otro le había hablado de un lunar que ella tenía en el pecho izquierdo, y se sentía desconcertada. El intendente, que era hombre prudente, dijo

que no podía pronunciarse, y que iba a esperar a ver cómo terminaba la cosa. La confusión amenazaba eternizarse cuando la esposa tomó una decisión: «Vamos a preguntárselo a Buddha —dijo—. Sólo él ve el secreto de los corazones más allá de las apariencias; él nos sacará de dudas».

Buddha recibió a los dos Roshi en su mansión celestial. «El Roshi verdadero —dijo— es el que sigue la Vía, practica la justicia y manifiesta el *Atma* a través de su compasión para con toda criatura». Roshi, el gozador egoísta, el avaro, supo entonces que la codicia y el desprecio por los demás que hasta entonces había mostrado no eran más que accidentes, deformaciones, una máscara que ocultaba su verdadero rostro. Él, Roshi, participaba de la naturaleza de Buddha, esa era su verdad. En ese mismo momento recobró Shaku su forma primera y se convirtió de nuevo en el emperador de los dioses, y Roshi volvió a su casa, llevando consigo la paz y la luz.

*

El Zen capta esta cosas. Llama a cada cual a que, tras el caleidoscopio de las apariencias, reconozca la desnudez, la sencillez apacible de su rostro original. Así nos fue transmitido por los sabios del pasado.

«Dios creó al hombre a Su imagen, a imagen de Dios lo creó» (Génesis, I, 27).

LA CUERDA DE PLATA

Una mañana clara, estaba Buddha paseándose por los cielos, a orillas del lago de la Flor de loto, pensativo bajo la tibia caricia del sol. Al inclinarse sobre el agua del lago, vio en las hirvientes profundidades de Naraka (el infierno) a un hombre que se debatía furiosamente y que parecía pedir ayuda. Buddha lo reconoció de inmediato. Era un hombre llamado Kantuka, un ladrón, un libertino, un abominable asesino a quien había encontrado durante su paso por la tierra. Buddha es la Compasión infinita, Recordó que una vez en su vida, aquel Kantuka había manifestado un poco de bondad. Una gran araña se había posado en su sandalia, y él, en vez de aplastarla, le había perdonado la vida y había seguido su camino.

Voy a ayudarlo, pensó Buddha, por aquel gesto de compasión. Quién sabe, tal vez quede todavía un resplandor de generosidad en ese desdichado. Tomó entonces un hilo de araña y lo hizo bajar por el lago en dirección a Kantuka. El hilo se transformó en cuerda de plata, y el bandido se agarró a ella sólidamente. Empezó a subir. La ascensión era dura. Kantuka ponía en ella todas sus fuerzas. Se empleaba con las manos y los pies, con las rodillas, sudando y resoplando. Pronto distinguió un rincón de cielo azul

encima de su cabeza. Estaba redoblando los esfuerzos cuando echó una ojeada hacia abajo. ¡Horror! Una decena de antiguos compañeros suyos se aferraban a la cuerda de plata y se esforzaban por ascender también.

Esta cuerda corre el peligro de no ser lo bastante sólida para sostenernos a todos, se dijo Kantuka. Recordó entonces que todavía llevaba en un bolsillo secreto un cuchillo de sus tiempos de asesino. «Voy a cortar la cuerda —pensó—, y me desembarazaré de ellos». Apenas formulado su pensamiento, se rompió la cuerda por encima de él y cayó de nuevo para siempre en los Infiernos.

*

Este cuento recuerda el mito órfico. «Entonces, sexo cerrado, Eurídice con melancolía regresó entre los muertos», dice el poeta griego. Por supuesto que no puede compararse la brutal cara coloradota llena de cicatrices de Kantuka con el delicioso rostro de la ninfa Eurídice. Pero ambos conocieron una suerte parecida. Eurídice, traicionada por su esposo, el débil Orfeo; Kantuka, víctima de su «ego», prisionero de sí mismo.

Los dioses, al final, son justos.

LA TÚNICA DE LUZ

Había una vez un pobre pescador llamado Hakyu Ryu, que encontraba muy pocos peces y que subsistía a duras penas. Vivía solo —pues no tenía bastante dinero para casarse— en una mísera cabaña situada cerca de un hermoso pinar al pie del monte Fuji Yama, cuya cumbre está cubierta de nieves eternas. Ante su puerta se extendía una larga playa de arena blanca, y contemplaba hasta el horizonte el azul deslumbrante del océano Pacífico. Hakyu apreciaba aquel paisaje encantador, y soñaba a menudo. Eso lo ayudaba a vivir.

Una mañana de primavera, estaba atravesando el pinar cuando de pronto vio colgada de una rama una túnica magnífica; estaba hecha de ligeras plumas plateadas y doradas, el paño parecía tejido de luz, y Hakyu quedó como aturdido al verla. Tentado, vaciló, echó una ojeada por los alrededores. Estaba solo. Cogió la túnica, se la llevó a su cabaña, y la escondió bajo una pila de leña. Aquella noche, en su tatami, antes de caer en el sueño, calculó los beneficios que le procuraría su latrocinio. «Mañana iré al mercado, venderé esa túnica a buen precio, compraré redes nuevas y fuertes, quizás una barca, y así pescaré mucho, me haré rico, y entonces me casaré...» Con estas visiones maravillosas, se quedó dormido.

Durante la noche, tuvo un sueño. Se le apareció una muchacha muy hermosa: «Soy un ángel —le dijo—, vengo de los cielos para visitar el mundo. Pero me habéis quitado la túnica. ¡Os suplico que me la devolváis!»

Hakyu la interrumpió:

«¡No entiendo lo que decís, yo no os he quitado vuestra túnica, nunca la he visto! Pero, puesto que estáis en mi casa a estas horas de la noche, venid y compartid la cama conmigo». Y llevado por un brusco deseo, la abrazó y quiso besarla. Entonces despertó. Aquel sueño le dejó en la boca un sabor amargo, y sintió vergüenza. «¡Cómo! —se dijo—, robo una túnica magnífica, le digo una mentira a la muchacha a quien pertenece, y quiero obligarla a acostarse conmigo». Se acordó de un maestro zen cuyas enseñanzas había seguido él en su juventud: «No tendrás paz ni felicidad si no practicas la justicia, si te apartas de la verdad, si no sientes compasión». Hakyu decidió entonces buscar a la muchacha por todas partes y no descansar hasta haberle devuelto la túnica de luz.

A la mañana siguiente, muy temprano, se fue a la playa y escrutó el horizonte, pero en vano. Se acercó al pinar, y allí, bajo un árbol, vio a la muchacha de su sueño, que estaba llorando. Le devolvió la túnica. Ella le dio las gracias con mucha alegría y muy efusivamente. Cuando se puso la túnica de luz, se transformó y se convirtió en un ángel que ascendió suavemente a los cielos danzando con gracia inaudita.

El teatro Nô representa a menudo aquella danza del ángel. Es un espectáculo extraordinario, uno de los más hermosos que se puedan imaginar. Hakyu fue el primero en haberlo visto, y cayó en éxtasis. Regresó a su cabaña, y los días siguientes pescó tanto pescado como podían con-

tener sus redes. Se casó, tuvo muchos hijos, y todos vivieron felices durante mucho, mucho tiempo.

*

¿Es un cuanto zen? ¿un cuento de hadas? La moraleja parece clásica, y podría expresarse así: «La sinceridad, la equidad y la compasión son virtudes recompensadas. No hay que robar». Pero este cuento nos dice otra cosa más, simbolizada por la túnica de luz, que es lo único que permite acceder al cielo y que magnifica toda realidad. Que cada cuál siga aquí el silencio y su propia intuición.

*

«¡Maestro, qué alta brilla la luna clara y apacible!
—¡Sí, está muy lejos!
—Maestro, ayudadme a elevarme hasta ella.
—¿Para qué? ¿No viene ella a ti?»

LA LUNA EN UN CUBO VIEJO

El *Satori*, el *Despertar* a la *consciencia de Buddha*, la *Iluminación*, según las doctrinas del Zen, surge durante un acontecimiento inesperado, una casualidad, una circunstancia o coincidencia favorable, para las mentes preparadas para acogerlo. Como el ladrón en la «casa vacía»: el alma desembarazada de su «ego».

*

Una monja estudiaba el Zen, día tras día, desde hacía treinta y tres años. Había entrado en un monasterio como joven novicia a los diecisiete años. Tenía ahora cincuenta. Su vida de fertilidad había terminado. No sentía amargura por ello. Se dedicaba a las ocupaciones cotidianas con paciencia y buen talante. Preparaba el arroz o la cebada, iba mañana y tarde a buscar agua al pozo que había a unos cien metros. A veces la visitaba una nube de melancolía, pero ella la apartaba. Ponía en práctica el zazen con regularidad, meditaba, estudiaba los escritos de los grandes maestros del pasado. Pero nunca había conocido el *Satori*, la paz inimaginable, que inunda bruscamente el alma asombrada, la risa, la gran risa del *Despertar*.

Un atardecer, volvía del pozo cuando caía la noche.

Observó sin pensar en ello el reflejo de la luna en el agua del cubo. Era un cubo viejo, cuyo fondo había reparado ella con bambú trenzado. Y de repente cedió la compostura y el agua se escapó, y al instante desapareció también la luna con el agua del viejo cubo. En aquel preciso instante, ella conoció el *Satori*. Fue libre.

*

El Zen es una experiencia íntima que permite unir lo visible y lo invisible, lo relativo y lo absoluto, lo que pasa y lo que permanece. No es ni el bien ni el mal, ni el sí ni el no, ni el vacío ni lo pleno.

«Está más allá del mundo de los contrarios, de un mundo construido por la distinción intelectual...», escribe D.T. Suzuki[21]. Es inaprensible pero, como toda empresa humana, y en el marco del budismo, tiene sus templos, sus tradiciones, sus ritos, sus códigos y su lenguaje. Si yo, cristiano, creo en el valor del Zen en una vida cristiana, es porque el espíritu del Zen no está atado a ninguna religión, a ninguna creencia. Invita tan sólo a una autenticidad mayor, a no atrincherarse en los dogmatismos, a no esclerotizarse en los ritos sin vida. Se constatan sus frutos en los más grandes maestros: la sencillez, el desinterés, el espíritu de pobreza, la compasión, el amor, la alegría, el equilibrio y la serenidad (a veces se ha llamado al Zen la religión de la serenidad). Pero su naturaleza exacta escapa al análisis. *El Zen es como la luz*, ¡y qué decir de la luz, sino que ilumina, transforma, encanta la realidad! Los cuentos, entre otros medios «hábiles» —la pintura, el teatro Nô, el tiro con arco, el Cha no yu (la ceremonia del té), la arquitectura, los jardines, la poesía (los haikus), el zazen, el silencio...—, es una expresión, una indicación, un camino. «Es el dedo que

señala la luna», como dice el proverbio chino (y en lo que se fija el tonto es en el dedo). El Zen es una lámpara encendida, un fuego en lo alto de la colina, una consciencia *despierta*.

> *¡El ruiseñor!*
> *De cien personas,*
> *¿cuántas lo advierten?*[22]

El arte de los haikus

¿QUÉ ES UN HAIKU?

El Zen encuentra naturalmente su expresión
más espontánea en la poesía...

D.T. Suzuki, *Les Chemins du Zen,*

El Zen, esa estela luminosa que atraviesa los milenios pasando por la India, la China, el Tíbet y el Japón... y ahora por los países de Occidente. El Zen, relacionado en su origen con el budismo, concedido a todas las religiones, las tradiciones, las culturas; el Zen, que va más allá del «ego» para alcanzar la plenitud del «Sí»; el Zen, rechazo del verbalismo, del intelectualismo; el Zen, insolencia, humor, libertad; el Zen, *amor* por todos y por todo, atento a la más modesta brizna de hierba, el Zen encuentra en el haiku, ese poema tan breve, tan simple y tan profundo, su expresión más afortunada, su coincidencia natural.

Un haiku es un poema; o sea, como todo poema, un efecto del arte del lenguaje, que busca sugerir, mediante el sentido, la imagen y el ritmo, una emoción, un estado de ánimo. Hay muchas formas de poemas. Así, en nuestra lengua tenemos la balada, el soneto, la elegía, la estancia, el epigrama, el poema de forma libre, etc. En japonés, el hai-

ku es un poema constituido por tres versos, de cinco, siete y cinco sílabas.

Aquí y allí escucha
las cascadas.
Joven follaje.[23]

Ochi kochi ni (5)
tachi no oto kiku (7)
wakaba kana (5)

Buson (1715-1783)

Pero es un poema singular, casi un ejercicio espiritual. El haiku, resultado de un refinamiento extremo, producto de siglos de cultura, no revela su sabor más que a las mentes receptivas, a los corazones atentos. Aquí no hay ni florituras, ni grandes imágenes impresionantes, ni gritos, ni muerte, ni sangre. El haiku es sencillez, ligereza, es poner al desnudo lo esencial. El haiku es, sobre una mesa de madera, una flor silvestre. Es el momento concedido al silencio, una gracia, un secreto. Un pájaro que se posa, un instante preservado, una brizna de eternidad. Un haiku es la oportunidad ofrecida de adivinarlo todo, de comprenderlo todo, de amarlo todo, en un relámpago de tres versos.

Pronunciad a media voz los dos primeros versos del haiku de Buson: *Ochi kochi ni tachi no oto kiku.* Os parecerá oír el sonido claro y fresco de las cascadas. *Seréis* el follaje joven.

Los haikus presentados en este libro son generalmente míos. Los que tienen por autores a grandes maestros japoneses se han compuesto en cursiva.

Un anciano
sonríe
a un membrillo arrugado

*

Una hoja en el barro
sus hermanas pasan por delante
con la nariz al viento

*

Tarde de primavera,
se acuestan las aves
se encienden las estrellas

*

Tic tac de reloj
se duerme un gato
sobre rodillas viejas

*

Bajo la lluvia,
qué torcido,
el peral en flor

*

Borrasca de primavera,
rama de abeto
que viene y va...

El viejo roble
contempla
las flores de cerezo

*

Sobre una cruz del cementerio
el mirlo joven
todo erizado

*

Tormenta de verano,
el mar desarbola
un pequeño velero

*

Mañana gris,
canta un pájaro
para animarla

*

Tras esta ráfaga de haikus, analicemos la situación. Algunos lectores están decepcionados. ¿Y eso es un haiku? ¿Sólo eso, esa poesía con la que se hace tanto misterio, esa piedra preciosa del lenguaje? Si al menos lo comprendiéramos. Pero, dicen los puristas, un haiku no se explica. De acuerdo. El principio es bueno. Pero un recuerdo de infancia me inclina a tener menos absolutismo.

Yo nací en una familia de músicos. Premios de Roma como si lloviesen. Mi padrino tocaba el violín; mi tía, pro-

fesora de canto; mis padres, mis tíos, mis tías, mis primos y primas tocaban algún instrumento de cuerda o de viento y sacaban de él sonidos armoniosos. Mi madre era la menos dotada, y a mí me miraban con un poco de pena. Un tío mío trató de salvarme:

«¿No te gusta la música, bonito?

—Un poco —dije yo—, ¡sobre todo la charanga municipal!»

El tío dio un respingo:

«La fanfarria municipal...», repitió con horror.

Y acto seguido me cogió por la oreja y me arrastró hasta la sala de música. Allí, tuve que tragarme sin rechistar una serie de sonatas de Beethoven. El suplicio duró dos largas horas. Salí de allí alelado, asqueado para siempre de la hermosa música clásica.

Para siempre no del todo, claro. Pero los estragos tardaron mucho en repararse. Aquella experiencia me trae aquí y allí a transgredir la regla no escrita del haiku: «Un relámpago no se despliega».

He aquí un primer ejemplo. Pero este intento de explicación no sustituirá la intuición. El lector es el artesano de su poema, inventa su propio canto.

El viejo roble
contempla
las flores de cerezo

El roble simboliza la fuerza, la solidez, la permanencia. Las bodas de roble, ochenta años de vida en común son el Everest del matrimonio.

El verbo «contempla» pone el énfasis en la paciencia de la mirada, sugiere una actitud de meditación.

Las flores de cerezo son frágiles y efímeras, en el Japón simbolizan la precariedad, la impermanencia.

La escena evocada en el haiku contrapone dos símbolos opuestos. Pero en este mundo todo se va, todo pasa, y el roble, por más que viva mil años, pasará también como la flor de primavera.

Silencio...

HAIKUS DE OTOÑO

Luna de otoño:
he vagado toda la noche
alrededor del estanque[24]
Bashô

Lo tradicional del haiku es que sitúe la estación. Es el *kigo*, o «palabra de estación», que indica de forma explícita o indirecta el momento del año. He aquí unos cuantos ejemplos a propósito del otoño:

Este camino
no lo toma
más que el sol poniente de otoño[25]
Bashô

Amanecer
bruma del monte Asama
repta sobre la mesa[26]
Isa

Trato de imitar a los grandes maestros, crear también esos instantes mágicos. Pero uno nunca sabe si lo ha conse-

guido; puede uno estar bien contento cuando su propio corazón se ha estremecido un poco.

Hoja tostada
cae;
silencio

*

La hoja muerta en el paseo
va más deprisa
que el sapo

*

Pacen dos caballos
bruma de otoño
en el lomo

*

En el bosque
el buscador de setas
encanece

*

Lluvia de otoño
la calle espera
un viandante

*

Luna de otoño
andrajosa
por las nubes

*

Por encima del sendero
las hojas tostadas
se dan la mano

*

La yuca,
sus duras hojas,
el viento sopla en vano

*

Por la carretera desierta
pasa un coche.
Es mi cumpleaños

*

Los haikus van a veces acompañados de comentarios sobre la vida del autor, que los encuadran y los explicitan. Me permito utilizar este procedimiento. Vivo en un pueblo de trescientas almas en medio de bosques. ¡Por la carretera que pasa delante de mi casa, veo pasar, cuando hay embotellamiento, dos coches y un tractor!

Mi cumpleaños es en otoño.

El viejo abedul
bien recto, sin palabras,
lluvia de otoño

*

En la ventana,
una rama de sauce
saluda incansablemente

*

Un gallo canta,
las nubes se estiran:
mañana de otoño

*

La hierba paciente
acoge
las hojas muertas

*

Un viejo caballo
roe la barrera
bruma otoñal

*

Una castaña,
erizo abierto
en el sendero

Natsume Soseki (1876-1916), novelista y poeta japonés, escribe sobre los haikus:

«Supongamos que estás encolerizado, escribe sobre esa ira, y enseguida te parece que estás describiendo la ira de otro. Nadie puede estar encolerizado y al mismo tiempo escribir un haiku...[27]»

Toma de distanciamiento, desapego, sensación de libertad y paz. El haiku se los procura al autor, desde luego, pero los extiende al lector. Leer un haiku es entrar en un oasis.

Cuáles podían ser los sentimientos de Soseki cuando pasó unos días en casa de un tal Kondo con intención de visitar las cascadas de Suirai y Karakai. Los haikus que compone no nos lo dicen.

Montañas otoñales,
tranquilas las nubes
circulaban[28]

*

Las nubes vienen,
las nubes van
en la cascada, arces tostados[29]

*

Esta mañana ha caído un chaparrón torrencial en mi pueblo. Ha devastado el paisaje; pongo a prueba los consejos de Soseki y escribo:

Cesa de llover,
una rosa
levanta la cabeza

Convertido en río
el gran paseo,
pescar desde la ventana!

He subido a la colina de las viñas y he comprobado los destrozos.

Una bandada de estorninos
acaricia
las uvas negras

*

Miro a un lagarto entre
dos piedras,
él también me mira

MEDITACIÓN

No todo poema de tres versos es un haiku. No basta evocar la naturaleza, los animales o las estaciones. Cualquier escolar francés lleva en la cartera los célebres versos de Verlaine:

Le sanglot long [El largo sollozo]
des violons [de los violines]
de l'automne [del otoño]

¿Es esto un haiku? Tres versos, brevedad, canción, palabra de estación... Alguien podría vacilar. Pero el poesta escribe el final que le faltaba...

Mece mi corazón
con languidez
monótona

Y la puerta abierta por un instante se ha vuelto a cerrar. Nostalgia, quejido cerrado sobre sí mismo. Los versos son hermosos, pero no conforman un haiku.

Escuchemos al monje zen Bashô y comparemos:

En una rama desnuda
se ha posado un cuervo;
atardecer de otoño[30]

kare eda ni
karasu tomaritarikeri
aki no kure

Noviembre a la hora del crepúsculo. Un cuervo se ha posado en la rama despojada de sus hojas. El resto es silencio, libertad. El autor de haikus tiene que renunciar las más de las veces a los adjetivos, y siempre a las metáforas, a los «violines de otoño», a las florituras, a la ira, al romanticismo, a la nostalgia complaciente. Trabajo de desnudez. Tiene que captar con fuerza la imagen, reunir en su mano el presente entero y dar paso al silencio. Se aparta él para que nazca en un corazón la chispa, para dar una oportunidad, por ínfima que sea, a lo Absoluto. La eternidad es ahora.

En una rama desnuda
se ha posado un cuervo...

El autor de haikus tiene que esperar el momento privilegiado y no esperar nada, estar vigilante, acoger. Emplea a veces la risa, la sorpresa, la trivialidad y todos los medios hábiles en la tradición del Zen para centrar en el instante que pasa la atención distraída, nuestra mente vagabunda. Cada cual, al leerlo, encuentra su camino, su relámpago. Recuerdo mi estupefacción y aquel fuego en mí, aquella esperanza y aquella paz al mismo tiempo, cuando leí por primera vez este haiku de Bashô:

Doradas saladas,
sus frías encías
en casa del pescatero[31]

Me estaba paseando por la estrecha carretera reluciente de lluvia de la parte alta de mi pueblo. A mi alrededor las viñas, y el valle del Loira. Pero aquellas «doradas» me saltaron a la cara, y bruscamente me vi retrotraído tres siglos atrás a aquel mercado japonés, donde los pescados expuestos mostraban las encías. En un momento de impulso, yo también compuse un haiku:

Una babosa,
naranja
sobre el alquitrán negro

¿Tendrá aquella imagen del instante un eco en algún espíritu receptivo, en algún alma preparada? La entrego al viento incierto que guía al poema... y prosiguiendo la lectura de los haikus de Bashô, voy a dar con este:

En casa del cantero
florecen los crisantemos
entre las piedras[32]

Todo está ahí dicho, incluso la indicación, discreta, de la estación (crisantemos). «La belleza se reconoce en que desespera», escribía Valéry en sus *Cahiers*. ¿Cómo atreverse a imitar a los maestros?

HAIKU Y TERNURA

Una nube blanca
cuchichea a su paso
sobre los bananos[33]

Shiki (1866-1902)

¡La ternura! «Deja abierta entre nosotros —escribía Giradoux— la puerta de la ternura, que los niños, los gatos y los pájaros saben encontrar entre los que se quieren...» El espacio para el perdón, la flor inmerecida, la ternura. No es el amor, que canta y ríe y nos quema, el amor, que todo lo devasta; es menos fuerte y más dulce, no se le puede hincar el diente, fácilmente queda mermada, fácilmente casi la descuidamos: la ternura. Pero si un día llega a faltarnos, nos ocurre como a los pequeñuelos, que nos morimos por ella.

Los grandes autores de haikus: Bashô, Buson, Isa, Soseki, Shiki, Koyô... tienen cada uno su personalidad, su tono peculiar. El poeta de la ternura es Ryôkan. Nacido en 1758, Yamamoto Eizo, llamado Ryôkan, que significa «el bueno, el magnánimo», era hijo de un alcalde de pueblo, custodio del templo shinto. A los dieciocho años, el joven Eizo deja a su rica familia y entra en un monasterio budista. Como San Francisco de Asís, en quien a veces hace pen-

sar, Ryôkan presta atención a los seres más humildes, siente igual ternura por los pájaros, las flores o los insectos:

Pulgas, piojos
cualquier insecto
de otoño que cante,
mi pecho
el carrascal de Musashi[34]

Extiende su compasión a todos y a todo:

Lluvia de primavera
lentamente paseo la mano
por la cantimplora rajada[35]

Se muestra atento y tierno con el bambú:

Su frescor
olvidar no podría:
los bambúes de este año[36]

Cuantan que en el suelo desnudo de su cabaña había empezado a crecer un bambú joven. Al verlo crecer buscando desesperadamente una salida al aire libre, quiso abrir un agujero en el techo, y tuvo la desgracia de prender fuego a su vivienda. Sus contemporáneos, que admiraban su genio de calígrafo y poeta, lo llamaron entonces afectuosamente *Taigu*, «El gran Tonto». Olvido de sí mismo, paciencia infinita, ternura infinita, sencillez, sabiduría misteriosa. Un ladrón se le lleva una noche todos sus bienes: su ropa, un bol de arroz, su cantimplora y su bastón. Y siente que su visitante no se le ha llevado la luna que brilla en todo su esplendor a través de los cristales:

El ladrón se lo ha llevado todo
excepto la luna
en la ventana[37]

El 6 de enero de 1831, en plena estación de invierno, muere en su cabaña, y cabe imaginar que murmura este último haiku:

Viejo el cuerpo
transido de frío
los bambúes bajo la nieve[38]

Ryôkan, poeta de la ternura, despierta en nosotros un rincón de inocencia desaparecida

*

Las mentalidades tristes quizás me censuren por hablar de ternura en vez de «compasión». La ternura es una cualidad, la compasión una virtud, sin duda la más elevada del budismo. Oigamos lo que dice de ella el Dalai Lama en un libro precisamente titulado *La fuerza de la compasión*[39]:

«Puesto que nuestra estructura global (cuerpo y mente) está adaptada a un entorno que incluye el amor... cada uno de nosotros está motivado por el bienestar del otro, independientemente de la actitud que éste pueda manifestar con respecto a nosotros. Así es la compasión.

»La compasión es siempre un elemento fundamental sin el que ninguna actividad humana puede ser de utilidad».

Las palabras están llenas de trampas. Compasión o ternura, lo que importa es nuestro grado de *amor*. En nuestra cultura, el término «compasión» tiene la connotación de

algo de severidad, de tristeza; roza la palabra «piedad», que suele añadir desgracia a la desgracia. Ryôkan, que llevaba en la frente la marca de la inocencia, manifestó tal atención por los demás, e incluso por los insectos, y por las flores, tanta dulzura ligera en la musicalidad y la caligrafía de sus poemas, tanta alegría serena, que he preferido arbitrariamente emplear con respecto a él la palabra ternura.

あげ巻の
昔をしのぶ
すみれ草

agemaki no
mukashi o shinobu
suemire so

Moños de niños
de antaño el recuerdo
las violetas[40]

La gracia de la caligrafía, la musicalidad del poema, la yuxtaposición, no la metáfora, en la estación de la primavera, de niños y flores. ¿No es la palabra ternura la que viene a los labios?

HAIKU Y HUMOR

Con ser verde
le bastaría ya,
al pimiento[41]

Bashô

El humor, en el haiku, no tiene maldad; nunca.

No se encuentra en él ni humor negro, ni la crueldad sarcástica de moda, con sus fantasmas de picas y espadas luciendo al sol. El humor del haiku es ligero, y bajo él aflora la ternura. Sonrisa esbozada, desapego del que sabe que al final no hay jugador que gane, y acepta la vida con nobleza de corazón y dignidad. Entre ironía ligera y compasión, el humor del haiku es paso de danza, fuego fatuo de la libertad interior. Es verdad que los autores de estos poemitas, impregnados de espíritu zen, creen, más allá de las formas efímeras, en lo absoluto. Cosa que, lo reconozco, disminuye considerablemente su mérito, pero que nada quita a la dicha de su lectura.

Los grandes autores no han desdeñado esta forma de malicia afortunada. He aquí unos cuantos ejemplos tomados del primero de ellos: el monje zen Matsuo Bashô:

En mi choza,
todo cuanto puedo ofreceros,
es que los mosquitos son pequeños[42]

¿Cabe manifestar mayor delicadeza? Esto nos lo confirma...

Tres hombres se encuentran
para celebrar el Año nuevo
y se pelean[43]

¿Qué pensar de la locura de los hombres al leer esta anécdota? El autor nos la relata con una mezcla de sorpresa y compasión, agregándole esa pizca de sonrisa que le da todo su sabor.

La grulla es un ave simpática, ¡pero cuando grita...!

Chilla la grulla
Con voz que desgarra
el banano[44]

Hay que reconocer que el «trompeteo» de la grulla dista mucho del «ti-u, ti-u» delicioso del ruiseñor. No es la voz «que corta la seda» de que habla el poeta, sino la que desgarra las gruesas hojas del banano... (Bashô significa banano en japonés).

Me arranco las canas;
¡bajo mi almohada
canta un grillo![45]

El autor opera aquí una divertida transferencia entre él

y el grillo, con un toque sutil de melancolía. Este haiku es una pequeña obra de arte.

Y este último haiku, en el que el autor se burla amablemente de sí mismo, se ríe de nuestra «humana condición», como decía Montaigne:

El cuervo de siempre, lo odio,
pero de todos modos... esta mañana
sobre la nieve[46]

Qué versátiles somos, realmente, y qué efímeros nuestros sentimientos. Un poco de belleza nos conquista, una nadería nos seduce, y nos hace cambiar de camino. Esa fragilidad, ese desconcierto, esa divertida «conversión» del autor nos hace reflexionar en nosotros mismos. Así, por la gracia del humor, como por la melancolía, la chuscada, el lirismo púdico, la imagen abrupta o el canto del poema, el haiku interpreta su cantata obstinada y nos repite: Acoged, *amad.*

*

Propongo unos cuantos haikus de malicia afortunada. Sé que la comparación es cruel, pero la intención es correcta. Abro el camino. *Prueben ustedes...*

Inventar haikus con un poco de humor, dosificar la imagen, la sonrisa, la ternura, la lucidez, la pizca de ligereza y coger el instante que pasa es un ejercicio de salubridad personal. Prueben... descubrirán en ustedes mismos fuentes ignoradas, rincones de poesía, oasis de paz y sabiduría.

Noche de verano,
La luna navaja podadera
parece un haiku

Victor Hugo decía: «Esa hoz de oro en el campo de las estrellas» Hoz tiene un pase, sobre todo de metal precioso, ¡pero «navaja podadera»! La ofensa es manifiesta. ¡El astro cantado desde la noche de los tiempos por los poetas... una miserable navaja podadera! Pero es cierto que el haiku, con sus tres versos minúsculos no tiene mucha más apariencia.

Octubre que espera
el primer ratón
de noviembre

¿Lo cogerá?

En el pino tumbado
el reyezuelo
carda su copete

Nueve centímetros, y pesa cinco gramos cuando está empapado...

Una bandada de estorninos,
un puñado de granos
lanzado a las nubes

¡Divertida asociación de ideas!

ADIVINANZA

La risa, el humor, incluso la fantasía, son parte integrante del Zen. En este capítulo, propongo un juego.

He aquí siete haikus. Cinco son míos, otros dos tienen por autor a maestros Zen célebres. ¿Sabrán ustedes separar a unos de otros? Sé bien que la traducción a una lengua europea suprime la musicalidad, la bellísima caligrafía de la lengua original, y falsea un poco el juego. Pero sigue habiendo la admirable sencillez de los maestros, la profundidad, el espacio abierto al silencio.

1. El templo, la colina,
un pájaro
dibuja una línea

*

2. El toro en la pradera
presenta el cuello,
mi caricia duda

*

3. El jardín de al lado,
por entre un agujero abierto
en el muro de arcilla

*

4. El llano a lo lejos
levanta su falda
y toca el cielo

*

5. El picamaderos
considera
la madera de mi cabaña

*

6. La hierba húmeda
de rocío,
mañana de primavera

*

7. Abril,
frío de pato,
¿qué piensan de eso las violetas?

¿No lo ha encontrado? Considérelo lentamente, busque un poco más... ¿todavía no? Consuélese, cada uno de nosotros tiene su inclinación, su gusto particular.

Le indicaré la solución al final del capítulo*. Mientras tanto, propongo otro enigma. He aquí un haiku cuya franca crudeza y alegre gallardía nos asombra:

yanobiti no
kintama shibomu
aki no kaze

Subiendo al tejado
las redes de caza desmedradas
por el viento de otoño[47]

¿Quién es el autor de estos versos insólitos? ¿Bashô, el maestro venerado, el fundador de escuela, el príncipe del haiku? ¿Uno de sus numerosos discípulos: Ryuko, Jugo, Kakei, Tokuku, Yasui, Chinseki, Josô, Mokusetsu... Isa (1763-1827); el fino observador de la vida cotidiana, Soseki, el novelista (1867-1916), familiarizado con Occidente, o más bien uno de esos poetas irreverentes como Takarai Kikaklu (1661-1707), que no temía las bromas escatológicas?

¿Será Buson (1715-1783), el gran pintor a quien debemos el retrato de Bashô, su maestro en poesía, representado con su bastón de viajero infatigable en la mano, o bien Saikaku (1661-1707), que para responder a un reto compuso cuatro mil haikus en un solo día?

No, el responsable es el que nunca hubiéramos sospechado: el tierno, el matizado, cuyo talento es un roce, el san Francisco de Asís del budismo: ¡Ryôkan!

Decididamente, el Zen es sorprendente libertad.

* Número 3: Ryôkan[48]
Número 5: Isa[49]

HAIKU Y EL TIEMPO RECOLECTADO

Domingo de noviembre gris y templado. Me paseo por los bosques que rodean mi pueblo. Me hundo en hojas doradas y tostadas de abedules, castaños y robles; bajo mis pasos, crujen las hojas muertas. De pronto, a diez pasos de mí, en el sendero, surgen de una espesura tres corzos, un macho y dos hembras. Pardo y tostado el pelaje, bien erguida la cabeza, y ya el relámpago blanco de sus traseros. La visión ha durado una décima de segundo. Me parece haber soñado. El instante mágico ha huido entre mis manos como el agua. Entonces compongo espontáneamente un haiku:

Tres corzos,
cabezas altivas
culos de nieve brincante

El haiku, ese «monóstico» dicen los especialistas, o sea un solo verso articulado en tres partes, es una poesía de lo inmediato. La gota de agua del instante se transforma en gota de cristal. Es el «tiempo recolectado».

Unos cuantos textos de Bashô y Ryôkan ilustran admirablemente esta faceta del haiku:

La luna a todo correr,
las cimas de los árboles
retienen la lluvia[50]

Bashô

Del extremo de la hierba
en cuanto cae
alza el vuelo la luciérnaga[51]

Bashô

Y este haiku de Ryôkan, que nunca puedo leer sin una estupefacción de dicha...

ほろ酔の
足もと輕し
春の風

Un poco ebrio
ligero el paso
bajo el viento de primavera[52]

... el viento que se levanta, el viento vacilante, el viento de primavera. Se nos echa encima rápidamente. Ahí está, en los ojos, en las mejillas y en los labios, en la fresca eternidad del instante.

HAIKU Y SILENCIO

El silencio dice más que las palabras
y todo cuanto habla está hecho de carne mortal

Louis René Des Forêts,
Poèmes de Samuel Wood

El silencio zen no es tan sólo ausencia de ruido, ni calma de la mente. No se reduce a ese aspecto negativo, defensivo. No se lo puede definir como una carencia, una privación de estímulos exteriores, o interiores. El silencio zen es una conquista, una aventura, una puerta que da al infinito.

Somos una gota de agua en el océano del Cosmos. «¿Pero sabe la gota de agua que el océano está en ella?», se pregunta el adagio chino. ¿Tenemos conciencia de nuestros lazos con el universo? Nuestra «pequeña vida» se disuelve en la «gran vida». Está en nosotros, somos ella. Estas cosas no se aprenden más que en el silencio. Y el haiku, esa frase breve, poesía del Zen, instante puesto al borde del silencio, nos hace captar, aquí y ahora, hablando de pájaros, de la luna o de bambúes... ese intercambio de amor, y a veces incluso, fugitiva, la deslumbrante claridad de lo absoluto:

El cuco,
un gran bosque de bambúes
filtra la luna[53]

Bashô

Matsuo Munefosa, llamado «Bashô» (el banano), nombre tomado de su ermita (Bashô an) está considerado el mayor poeta de haikus. Nacido en 1644 en una familia de *bushi* (guerreros), desempeña diversas funciones relacionadas con su categoría social hasta 1681. A los treinta y siete años, toma los hábitos de monje zen. Tras unos años de recogimiento, emprende una serie de viajes a través de todo el país, que no terminarán hasta su muerte en 1694.

La fama de poeta de Bashô y sus enseñanzas le ganaron numerosos discípulos. Los haikus son casi siempre la conclusión de un relato de viaje, de un largo poema, de un sabio aforismo. Imaginemos la escena. El Maestro termina de hablar, los discípulos, a sus pies, dejan que el haiku penetre en ellos, y meditan largo tiempo en silencio...[54]

Sol de invierno,
sobre un caballo
la silueta helada[55]

*

Jardín de invierno,
la luna como un hilo
una voz de insecto[56]

*

Las voces de gente
regresan a la carretera,
atardecer de otoño[57]

«Permanecimos sentados largo rato en el más extremo silencio» (*Visita al templo de Kashino*) Bashô.

*

Tres haikus, tres imágenes impresionantes. La estatua helada sobre su caballo, cuajada, parece, para toda la eternidad. La luna nueva de finísimo creciente, y el tenue zumbido de un insecto, hilos que se estiran hasta el infinito en ese jardín de invierno.

Esas voces que regresan a la carretera, ecos de voces lejanas o desaparecidas...

Pero el Zen es una experiencia personal, que se vive y no se dice. Cada cual toma el camino de poema que lo lleva al silencio, a la paz interior.

Una rosa deshojada
la lluvia,
mañana de otoño

*

Las zarzas del seto
tienden sus brazos
de oración

*

Las cuentas de rosario
entre mis dedos,
cae la tarde

*

Mi paso en la carretera;
el cielo de invierno
escucha...

El ruido de mi paso desaparece, la palabra de los haikus se disipa en la luz y el silencio...

NOTAS

1. Bashô (1644-1694): monje zen que fue el más célebre autor japonés de haikus.

2. D.T. Suzuki, *Les chemins du Zen*, Albin Michel, Paris, 1995.

3. Cf. p. 51, [«el té no es otra cosa que esto»].

4. La venda de resolución es un gorro de tela que rodea la cabeza y permite que pueda fijarse el casco. Forma parte del equipo del guerrero samurái preparado para el combate; simboliza su determinación.

5. Soseki (siglo XIX).

6. El *Atma*, o *atman*, es una palabra sánscrita que designa lo Absoluto, lo Infinito, lo Ilimitado, lo Eterno, la única Realidad.

7. *Zazen*, postura del loto, o del semiloto. Manos en el regazo, con las palmas hacia arriba, la mano derecha sobre la izquierda, o al revés según otras tradiciones, y los pulgares extendidos, tocándose ligeramente. Buen asiento. Respiración serena.

8. Actualmente provincia de Hu-Pei.

9. De la traducción inédita de Cheng Wing Fun y Hervé Collet.

10. Yuan de los Han reinó entre los años 48 y 33 antes de nuestra era.

11. Tratado de Bodhidharma (Tan Lin)

12. Las seis perfecciones: don de sí (generosidad, compasión), moralidad, paciencia, energía, meditación y sabiduría trascendental.

13. *Kito*, ceremonia para que sea atendido un voto.

14. Ryokan, *Pays natal*, trad. de Cheng Wing Fun y Hervé Collet, Moundarren, 1994.

15. De la traducción inédita de Cheng Wing Fun y Hervé Collet.

16. Mezcla de té y cebada tostados, remojados y amasados en té con mantequilla y sal. Plato tradicional del Tíbet.

17. Isabelle Coursin, *Le Goût du Zen*, Gallimard, col. «Le promeneur», 1993.

18. El *bon* es la fiesta de difuntos. Se limpian las tumbas y se ponen alimentos y bebidas para los difuntos. Tres días más tarde, se queman unos caballos de paja y, sobre su humo, se elevan las almas para alcanzar su morada en el Más Allá. (Maurice Coyaud, *Tanka, haïku, renga, le triangle magique*, Paris, Les Belles Lettres, 1996).

19. Heian Kyo, la actual Kyoto.

20. Shaku, el emperador de los dioses, vive según la leyenda en el monte Sumeru, que está en el centro del mundo. Reina sobre treinta y dos dioses y sus ciudades, que desbordan de riquezas.

21. D.T. Suzuki, *Introduction to Zen Buddhism*, London, 1960, citado por Thomas Merton, *Zen, Tao et Nirvana*, Fayard, 1990.

22. Ryokan, *Pays natal*, *op. cit.*

23. Traducción francesa de Maurice Coyaud, *Tanka, haïku, renga*, *op. cit.*

24. Traducción francesa de R. Munier, *Haiku*, Librairie Arthème Fayard, 1978.

25. *Id.*

26. *Id.*

27. La cita está sacada de una novela de Soseki, *Una almohada en la hierba*, traducción inglesa de Alan Turney, *The Three-Corned World*, Tuttle, Kyoto, citado por Maurice Coyaud en *Tanka, haïku, renga*, *op. cit.*

28. Traducción francesa de Maurice Coyaud, *Tanka, haïku, renga*, *op. cit.*

29. *Id.*

30. *Id.*

31. Matsuo Bashô, *Cent cinc haïkaï*, traducción francesa del japonés por Kumiko Muraoka y Fuad El-Etr, La Délirante, 1979.

32. *Id.*

33. Traducción francesa de Maurice Coyaud, *Tanka, haïku, renga*, *op. cit.*

34. De la traducción inédita de Cheng Wing Fun y Hervé Collet.

35. Ryôkan, *Pays natal*, *op. cit.*

36. De la traducción inédita de Cheng Wing Fun y Hervé Collet.

37. Ryôkan, *Pays natal*, *op. cit.*

38. *Id.*

39. Sa Sainteté le 14e dalaï-lama, *La Puissance de la compassion*, Presses de la Renaissance, Paris, 1977.

40. De la traducción inédita de Cheng Wing Fun y Hervé Collet. Caligrafía de Cheng Wing Fun

41. Matsuo Bashô, *Cent cinc haïkaï*, *op. cit.*

42. *Id.*

43. *Id.*

44. *Id.*

45. *Id.*

46. *Id.*

47. Ryôkan, *Pays natal*, *op. cit.*

48. *Id.*

49. Traducción francesa de Maurice Coyaud, *Tanka, haïku, renga*, *op. cit.*

50. Matsuo Bashô, *Cent cinc haïkaï*, *op. cit.*

51. *Id.*

52. Ryôkan, *Pays natal*, *op. cit.*

53. Matsuo Bashô, *Cent cinc haïkaï*, *op. cit.*

54. «Permanecimos sentados largo rato en el más extremo silencio». Bashô, *Visita al templo de Kashino*.

55. Matsuo Bashô, *Cent cinc haïkaï*, *op. cit.*

56. *Id.*

57. *Id.*

ÍNDICE

Prólogo 7

CUENTOS ZEN 9
Los patos mandarines y el samurái 14
Renki, el elefante 17
Su Excelencia 19
La barca y los dos monjes 22
El espejo mágico 24
El elefantito real 27
El fantasma molesto 30
Los brotes de bambú 34
Gobuki y el dragón 37
Oshokun, la bellísima 39
Morir...¿a qué edad? 45
El viaje 49
El silencio 52
La bandera y el viento 54
Se va el amor 56
Una monja muy singular 58
¿Quieres ser emperador? 61
¿Quién es el verdadero Roshi? 63
La cuerda de plata 66
La túnica de luz 68
La luna en un cubo viejo 71

EL ARTE DE LOS HAIKUS 75
¿Qué es un haiku? 77
Haikus de otoño 83
Meditación 89
Haiku y ternura 92
Haiku y humor 97
Adivinanza 101
Haiku y el tiempo recolectado 105
Haiku y silencio 107
NOTAS 111